

1974
1978
1980

001-02-01
20

Nuestra vida...

Nuestro tiempo...

Nuestra historia...



Sagrados Corazones - Padres Franceses

1848-1978

Nuestro Colegio y su Historia

NUESTRO COLEGIO

ADVERTENCIA

Y SU

HISTORIA

1849 - 1978

SS.CC.

SANTIAGO

1ª Parte

FJG | Fundación Jaime Guzmán

FJG | Fundación Jaime Guzmán

Nuestro Colegio y su Historia

INTRODUCCION

Estimada comunidad escolar: presentamos a ustedes la primera parte de nuestra historia, la historia del Colegio de los Sagrados Corazones (Padres Franceses) desde el año 1849 hasta el año 1920. Hemos considerado necesario separar en dos volúmenes nuestra historia, con el fin de lograr una mayor y mejor recopilación de documentos, que nos permitan entregarles este recuento de la forma más completa posible.

En esta oportunidad el lector podrá encontrar en esta revista toda la historia de nuestro Colegio desde el inicio de la Congregación de los Sagrados Corazones en Francia hasta el año 1920, año del infortunado incendio.

Aprovechamos la ocasión para informar a nuestra querida comunidad que el segundo volumen de nuestra historia aparecerá en una fecha próxima y constará del período comprendido entre el año 1920 hasta la fecha.

Esta, nuestra historia, fue iniciativa del ex alumno Felipe Herrera y del R.P. Guillermo Mönckeborg, los cuales solicitaron al R.P. Estanislao Raveau escribiera esta crónica, quien ha trabajado en ella durante más de dos años.

Este es el primer intento, es la primera vez que se emprende una empresa de tal magnitud; por ello rogamos a usted saber disculpar los errores y omisiones, de los cuales estamos ciertos existen. Pero lo que perseguimos es recordarle vuestros años de estudiante, hacerle retroceder un poco en el tiempo, y hacerlo nuevamente partícipe de vuestro Colegio.

Para el desarrollo de esta historia hemos recibido el apoyo de muchas personas, el aporte generoso de sacerdotes, profesores, auxiliares, alumnos y ex alumnos, por ello no podemos dejar pasar por alto la ocasión de manifestar nuestro agradecimiento al R.P. Estanislao Raveau, quien es el autor de esta pequeña gran historia; al R.P. Eugenio León, quien nos colaboró haciendo un relato claro y preciso de la vida del R.P. Damián Symon. A la vez queremos hacer sobresalir la atención prestada por nuestro actual rector don Galvarino Peña V., quien nos facilitó toda la ayuda requerida para publicar esta obra.

A nuestro profesor don Heberto Valencia, quien nos dio a conocer las causas y efectos que tuvo el incendio en el año 1920. Dentro de todo el grupo de colaboradores, es preciso resaltar la participación de los señores auxiliares representados por don Juan Gatica, don José Romero y don Luis Ramos, los cuales nos relataron sus experiencias de largos años en este Colegio.

Evidentemente en el desarrollo de esta empresa les corresponde un papel especial a los alumnos, en particular a los señores Francisco Ducasse, Jorge Feliú, Alfredo Lathrop, Jorge Villa y Gonzalo Zamora, quienes junto al brigadier mayor Ignacio Sánchez, han desarrollado una importante labor en la elaboración de esta crónica.

En último término se han hecho presentes, en esta ardua labor, los ex alumnos señores Sebastián Sánchez D. y Carlos De Ferrari F., quienes han desempeñado el papel de asesoramiento de esta obra.

Este equipo es el que ha tenido a su cargo la cristalización de esta antigua idea que hoy, damos gracias a Dios, es toda una realidad.

ADVERTENCIA

Estas páginas son sólo una invitación dirigida a los ex alumnos del Colegio de los Padres Franceses, de Santiago, para que escriban la historia de "su Colegio".

Es una lástima que con la desaparición de las generaciones, vayan también desapareciendo para siempre muchos recuerdos muy interesantes que forman parte de la historia de Santiago y de Chile.

El único mérito que tienen estas páginas es que son el primer intento de presentar el cuadro completo de los 129 años de existencia del Colegio de la Alameda.

Pero la extensión y la riqueza del tema es tal que es imposible que una sola persona realice adecuadamente, en poco tiempo, empresa de tal magnitud.

El autor de estas páginas está consciente de los muchos defectos que hay en ellas; pero a pesar de todo se las ofrece y dedica a los ex alumnos, pues abriga la esperanza de que recibirá de un número importante de ellos la colaboración indispensable, para mejorarlas y transformarlas en una imagen más clara y más viva de la realidad histórica tan alta, tan noble, tan ejemplar que vivieron tantos maestros venerables y tantos alumnos sobresalientes que han prestado muchos y muy señalados servicios a la Patria.

La única recompensa, pues, que desea y espera el autor de estas líneas es encontrar eco, recibir respuesta a esta invitación. Y la respuesta será la colaboración de los ex alumnos, ya sea corrigiendo errores, o completando lo incompleto, y sobre todo, informando lo que involuntariamente se ha omitido.

Quizá no está tan incompleto en este ensayo el aspecto material, pero en el aspecto espiritual y escolar hay un lamentable e inmenso vacío. Y éste es, precisamente, el aspecto principal y más interesante, porque es la representación de la intensa vida que se desarrollaba y se sigue desarrollando hasta hoy, en ese mismo local histórico que estaba y está, desde 1849, en la esquina de la Alameda de las Delicias con el humilde y olvidado Callejón de Padura.

ESTANISLAO RAVEAU
SS.CC.

La Congregación de los Sagrados Corazones



Comunidad de los Sagrados Corazones.

El 13 de febrero de 1790 la Constituyente, en Francia, decretó que las órdenes religiosas y congregaciones de uno y otro sexo, quedaban suprimidas, sin que pudiesen en el porvenir establecerse otras. Se habían apagado las luces del cielo, según frase impía que un siglo más tarde había de pronunciar un ministro sectario al volverse a repetir la misma expulsión de religiosas y religiosos de la nación francesa. Todo, en verdad, parecía acabado... el mal se presentaba sin remedio.

A las diez de la noche del día 22 de octubre de 1793, un pelotón de "patriotas" rodeaba la casa de la ilustre Marquesa Aymer de la Chevalerie. Una mujer había dado cuenta a la Constituyente que en ese recinto se escondía un sacerdote; y en efecto, la marquesa y su hermosa hija de 25 años, la joven Enriqueta Aymer de la Chevalerie, había dado hospedaje al vicario de la parroquia. Contentos del hallazgo, los revolucionarios penetran en la casa destruyéndolo todo y entregando luego a la "justicia" al abnegado sacerdote, a Enriqueta y a su madre.

Un año después de cautiverio, las honorables mujeres consiguieron su libertad; pero la

situación económica era extremadamente penosa: sus recursos habían sido confiscados. Pero Enriqueta había roto totalmente con el mundo: la soledad y el cautiverio habían logrado sellar el ofrecimiento que hiciera al Divino Esposo, y el silencio del Sagrario le atraía misteriosa y fuertemente.

Entretanto, en una de esas mismas noches de fragores y de odios, la noche del 23 de septiembre de 1792, un hombre de Dios, un santo sacerdote, el muy querido padre Pedro José María Coudrín, acababa de celebrar su misa y oraba... oraba en silencio. De pronto le pareció ver reunidos en torno suyo a numerosos misioneros, destinados a llevar a tierras lejanas la luz del Evangelio... Vio un cortejo de vírgenes, cuya finalidad principal sería adorar y orar por esos apóstoles, y vio, igualmente, la casa en que habían de establecerse.

De esta manera, Dios preparaba sus inescrutables designios en medio de una era en que se imponía el culto a la diosa Razón, el fuego consumía los altares y el hacha revolucionaria destruía los conventos y las iglesias.

Una mañana, una de esas tantas mañanas

bañadas por un sol radiante, Enriqueta asistió a la Santa Misa y el sacerdote que predicó causó un estremecimiento en su interior. Sus palabras eran la exacta expresión de todo lo que en la efusión de su alma la futura religiosa decía a Dios. Mas, su temor y estremecimiento se trocó luego en alegría, diciendo: "No puedo equivocarme... pienso igual que lo que predica este santo sacerdote". Y tuvo desde ese instante la intuición, mejor dicho, la convicción de haber hallado el guía que necesitaba para su alma y sus afanes: era el padre José María Coudrín.

El 1º de marzo de 1768 llegó a la vida Pedro José María Coudrín. Dos virtudes sobresalieron desde niño en él: la sencillez y la dulzura; son las mismas virtudes que han heredado sus hijos. En 1780 fue enviado, por consejo de su tío, a Chatelleraut para seguir los estudios clásicos. La nota más sobresaliente de esa época de su vida fue la disposición que demostró por la predicación. Cuando concluyó el estudio de la filosofía, su destino estaba ya trazado: sus gustos, sus sentimientos religiosos, todo, en suma, le inclinaba al sacerdocio. En noviembre de 1789 entró el joven Coudrín en el Seminario de Poitier. El 4 de marzo de 1792, en un oratorio que los revolucionarios habían transformado en club para sus diversiones impías, el santo estudiante recibe la consagración sacerdotal, sin ninguna pompa exterior, sin ruido, sin solemnidad. Después de esto, es difícil seguir los pasos del padre Coudrín... es como si tratáramos de seguir la vida de los primeros cristianos, siempre alertos, siempre perseguidos.

El futuro religioso e incansable sacerdote se dirigió tiempo después a Poitier para ejercitar sus labores ministeriales. Verdadero apóstol, nada le detiene, nada le hace retroceder, no piensa jamás en su propio descanso... Sus únicos amores son las almas, la gloria de Dios y la reparación de los innumerables ultrajes. Allí, en Poitier, el apóstol conoce muy de cerca las preciadas virtudes que adornan el alma de su hija espiritual, de Enriqueta. De entre las espinas y abrojos de la revolución, de entre sus bajezas y crímenes, brotaban dos lirios hermosísimos, de fragante aroma y de albura celestial... Estos lirios iban a levantarse más y más sobre su tallo, por encima de las miserias humanas, para atraer hasta las complacencias divinas otras muchas flores que, unidos, formarían el

vergel de la Congregación de los Sagrados Corazones.

Los fundadores de la Congregación de los Sagrados Corazones no regatearon ni la donación de sí mismos, ni los sacrificios ni mucho menos el amor... y para que más pudiesen sufrir y amar, parece que les hubiera dotado Dios de sensibilidad más exquisita. El que más siente, más puede amar y más puede sufrir. "Dios me ha hecho conocer —decía la madre Enriqueta al buen padre Coudrín— que quiere una orden destinada a adorar su corazón y a reparar los ultrajes que recibe; una orden que entre en el dolor íntimo de este Corazón divino y que reproduzca las cuatro edades de su vida. Quiere que la regla sea un poco austera, a fin de imitar su vida crucificada, pero que se entre particularmente en la crucifixión interior de su corazón; por eso es por lo que se sufre tanto y que El se comunica sólo interiormente y no sensiblemente. Y unido al amor de este Corazón debe estar siempre el Corazón Inmaculado de María, en su lugar especial inmediato al de su Hijo".



Fundador de la Congregación de los SS.CC. R.P. Coudrín.

Los ilustres fundadores, llenos de santa unión y queriendo dar ejemplo a sus compañeros, pronunciaron sus votos de religión el 25 de diciembre de 1800, en la Santa Misa de Medianoche.

La semilla que ese 25 de diciembre se ofreció ante el Sagrario, con la bendición del Señor se propagó abundantemente por el mundo. La extensión de la obra demostraba claramente la bendición del cielo. Las espinas, las cruces, las luchas, todo lo que en esos años se había acumulado en el camino por donde iban los santos fundadores, era prueba evidente de que la mano de Dios bendecía la obra pues la favorecía con la Cruz y el sacrificio. Pero todo esto debía tener su recompensa: el 17 de noviembre de 1817 el soberano pontífice Pío VII, en la Bula Sub Plumbo "Pastor Aeternus" dio a la obra del padre Coudrin y de la madre Enriqueta la solemnísima e irrevocable aprobación.

En noviembre de 1834 la madre Enriqueta fue perdiendo poco a poco la palabra. Apenas se podía entender lo que de tarde en tarde se esforzaba por decir. Cinco años de sufrir sin quejarse, cinco años de aparente inanición. El día 20 de noviembre de ese año, todas las esperanzas se apagaron. La santa madre moría. El médico de la comunidad declaró que la venerable enferma estaba por terminar sus días. El 22 de noviembre, el padre Coudrin creyó ver una leve mejoría, pero no fue así. El 23, a eso de las doce, la madre cayó en estado comatoso, y a las cinco y media exhaló su último suspiro... su alma había volado al cielo. Tres años más tarde, el 27 de marzo de 1837, el siervo de Dios, el "Bon Père", como siempre llamaron sus hijos al padre Coudrin, entregaba también su alma al Creador. Tres años mediaron entre el viaje sin retorno del buen padre y de la madre Enriqueta.

El 13 de mayo de 1834 un hermoso velero con el pabellón francés en lo alto recortaba el limpio cielo de la bahía de Valparaíso. Era la "Sylphide", un barco de travesía oceánica. Allí venían los padres de la Congregación de los Sagrados Corazones con su propósito de evangelizar parte de la Oceanía oriental. Valparaíso no estaba en su destino, pero por extra-

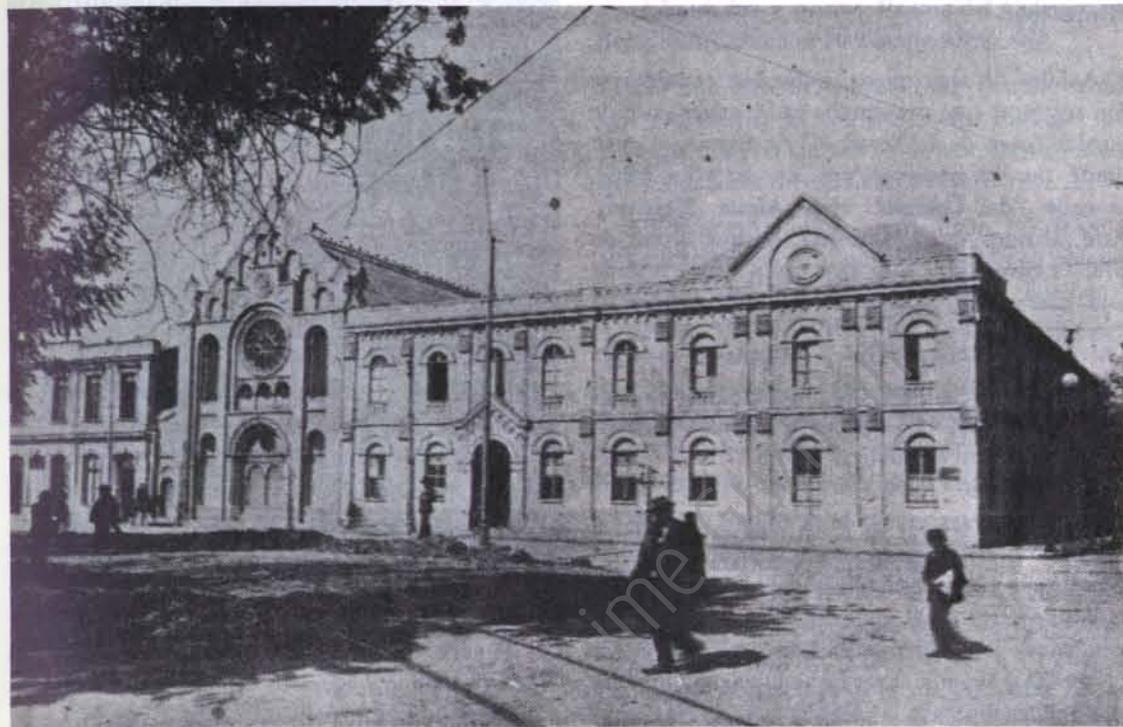
ños designios de la Providencia el barco debió hacer escala en nuestro primer puerto.

En forma casi providencial, la Congregación de los Sagrados Corazones se quedaba en Chile representada por el Rvdo. padre Crisóstomo Liauzu, quien, a pesar de no contar más que con 26 años de edad, había sido ya honrado con el título de Prefecto Apostólico de la Oceanía Oriental.

El buen padre Crisóstomo se encariñó con esta tierra. Solicitó el permiso necesario para establecer aquí una casa de la Congregación, y a poco recibió de Francia la autorización necesaria para ello. Llegaron, además, dos jóvenes sacerdotes que muy pronto se hicieron estimar por su bondad y abnegación. En esa época, en que comenzaba a reinar el orden y la tranquilidad después de los disturbios que habían seguido a la Independencia, no podía ser más preciada la labor de esos ejemplares servidores del Señor. La difusión de la enseñanza, que en la época del coloniaje había sido privilegio de la fortuna, era uno de los problemas más vitales que había de abordar la joven República. Los nuevos padres o los "Padres Franceses", como comenzaron a llamarles luego los agradecidos hijos de esta tierra, quisieron también cooperar decididamente en esta obra educacional para dar cristiana educación a los hijos de las familias porteñas y para corresponder al afecto que se les tenía.

La fundación del colegio de Valparaíso (1837), la casa de Santiago (1849), Los Perales de Marga-Marga (1851), Concepción (1911), Viña del Mar (1919), y por último Manquehue, viene a culminar la gran empresa que iniciara en 1834 el buen padre Juan Crisóstomo Liauzu. Sin lugar a dudas la Congregación ha presidido las primeras etapas de nuestra vida republicana, y por la influencia pedagógica que ha ejercido, podemos decir que ha formado el alma nacional. Por sus aulas han pasado ilustres alumnos que han sobresalido en la magistratura, en la política, en la Marina, en el Ejército, en el comercio, en la banca y en diversas actividades republicanas. Junto con instruir, los padres de los SS.CC. han sabido también educar, y junto con formar hombres sabios han sabido preparar hombres buenos.

Los 129 años del Colegio de los SS.CC. (1849-1978)



Fachada de los SS.CC. (Padres Franceses).

Catorce años hacía que los "Padres Franceses" se habían establecido en Valparaíso, cuando apareció el siguiente decreto:

"Santiago, Septiembre 28 de 1848. Con lo expuesto por el Rector de la Universidad, a nombre del Consejo de este Cuerpo, en su informe que precede sobre la solicitud del Reverendo DOUMER, y considerando el Gobierno de notoria utilidad pública la planteación del establecimiento de educación que se propone, bajo las bases que se indica en su petición el referido DOUMER, he acordado y decreto: Concédese al Reverendo Obispo DOUMER el permiso que solicita para fundar en Santiago un Colegio de educación pública, en que deberán seguirse los mismos textos y métodos que en el Instituto Nacional. Se le recomienda el cumplimiento de las promesas que, a fin de obtener esta aprobación, ha hecho al Gobierno acerca del régimen

que ha de establecerse en esa casa. Comuníquese. *Bulnes*. Salvador Sanfuentes."

Los antecedentes de este decreto se remontan al año 1846. En ese año, algunas personas influyentes —un abogado de Valparaíso, entre ellas— consiguieron un decreto del Gobierno, que autorizaba a los Padres de los Sagrados Corazones para fundar un colegio en Tomé.

El Superior de la Congregación en América, que lo era el padre Antonio Doumer, viajó a Santiago a tratar el asunto con el ministro de Educación, don Antonio Varas, quien le manifestó que sería mucho más provechoso para el país la fundación de un colegio en Santiago.

Muy atinadas y convincentes le parecieron al padre Doumer las razones del ministro, pero, por diversos inconvenientes, la fundación en Santiago sólo fue realidad dos años más tarde, después de la consagración episcopal del padre Doumer, que se efectuó el 27 de agosto de 1848.

MODESTOS COMIENZOS

Se contaba con el personal necesario para la nueva fundación, pero no con el local adecuado para el funcionamiento de un establecimiento educacional.

A falta de algo mejor, hubo que contentarse con un local que presentaba el inconveniente de quedar fuera de la "ciudad" de Santiago, cuyo límite por el poniente era, en aquellos años, la calle "del Colegio" (hoy Alameda Barroso). Esto, al norte de la Alameda; porque al sur de ella, la ciudad era aún más corta, pues llegaba sólo hasta el "Callejón de Ugarte" (hoy calle San Ignacio).

Todavía no existían las calles Sazié, Grajales ni Gorbea; ni tampoco las calles Carrera, ni Echaurren, ni República.

En las afueras, pues, de la ciudad, adonde no llegaba ni el pavimento de adoquines, ni el alumbrado público; donde todo era polvo en el verano y barro en el invierno y donde discurrían con entera libertad caballos, bueyes y gallinas; en las casas de una chacra que quedaba en la esquina formada por la Alameda y el "Callejón

de Padura" (hoy Alameda Latorre) se creó el Colegio de los Padres Franceses.

Medía esta chacra por el costado que daba a la Alameda, aproximadamente unos 40 metros. Por el Callejón de Padura se prolongaba hacia el sur hasta alcanzar una longitud de 250 metros. El límite por este costado lo constituía una tapia, que separaba el terreno ocupado por el Colegio, de la viña de la "chácara" de la señora Rosario Albano de Montt, viña que se extendía indefinidamente hacia el sur.

Según se lee en un curioso documento del mes de abril del año 1855, se dice de dicha tapia, "que es la división de uno y otro fundo".

Para saciar la justa y noble curiosidad de los que se interesan por lo antiguo, se anota aquí la famosa tapia que servía de deslinde por el sur al terreno del Colegio, se levantaba a unos 35 metros de la actual Sazié, la cual, como ya se dijo, no existía ni en proyecto, y quien le iba a dar su nombre, el benemérito doctor don Lorenzo Sazié, era, en 1849, un joven catedrático de la Escuela de Medicina de Santiago, que iba a fallecer inesperadamente 16 años más tarde.

Dueña de estas extensas propiedades era la señora doña Rosario Albano viuda de don Santiago Montt.



Comunidad de Santiago.



Primer Rector del Colegio. R.P. Vicente Duboize.

Como los religiosos no contaran por el momento con los medios necesarios para comprar la propiedad, la tomaron en arriendo a fines de 1848.

Seis años más tarde, en 1855, por escritura pública, de fecha 8 de agosto de dicho año, monseñor Antonio Doumer, Superior Mayor de los religiosos de los Sagrados Corazones residentes en Valparaíso y en Oceanía oriental, la compró a su dueña por la suma de \$ 38.000 de aquella época. Esta suma se obtuvo de la venta del fundo Los Coligües, que era una propiedad que los Padres de los SS.CC. tenían en el valle de Marga-Marga.

Se vendió esta propiedad al señor de Lamotte du Portail, quien la adquirió por la suma de \$ 35.000.

(Nota: Como en el curso de esta reseña van a aparecer con cierta frecuencia sumas de dinero en pesos chilenos, se advierte aquí, a los lectores, que hasta el año 1880 se adquiría una libra esterlina con cinco pesos chilenos, esto

es, el peso chileno era de 48 peniques. Con un peso chileno se adquirían cinco francos franceses de aquella época).

En el mes de enero de 1849, al local de Alameda con el Callejón de Padura llegó a establecerse el fundador y primer Rector del Colegio, padre Vicente Duboize con cuatro religiosos.

Ese año escolar, el primero de la vida ya más que centenaria del Colegio de los Padres Franceses, se inició el viernes 15 de febrero y los alumnos fundadores fueron treinta y cinco.

El primer alumno matriculado fue MANUEL B. SANCHEZ FRESNO. Junto a él figuran su hermano Mariano; los hermanos Mariano, Esteban y Enrique Aristía Urmeneta; José Manuel Balmaceda Fernández; José Antonio y Pedro Nolasco Gandarillas; Manuel José Irrarrázaval; Macario Ossa Cerda, Ramón, Mariano y Valentín Valdivieso, Zenón y Tomás Vicuña Vicuña; y Ricardo e Ignacio Vicuña Guerrero.

En el número del 3 de marzo de ese año, *La Revista Católica* de Santiago publica el "Proyecto", en el cual los Padres de los Sagrados Corazones anuncian la apertura del Colegio. En él se leen cosas dignas de recordarse: "El régimen será suave y paternal, a la vez que firme en sostener el exacto cumplimiento de las reglas establecidas. El curso de instrucción abrazará los ramos siguientes: Religión considerada en su historia, dogma, moral y culto; Castellano, Francés, Caligrafía, Latín, Griego, Poesía, Historia, Mitología y Geografía, Aritmética, Matemáticas, Historia Natural. Más tarde, si hay lugar a dividir el Colegio en dos secciones distintas, habrá para la más adelantada, Retórica, Psicología, Lógica, Teodicea, Moral, Derecho Civil y Canónico. El Inglés, la Música y el Dibujo se enseñará a los que quieran dedicarse a estos ramos, pero pagándose por separado. La pensión anual será de \$ 200, comprendidos los gastos de papel."

A continuación el prospecto indica la lista detallada de todos los objetos que tienen que llevar los alumnos, pues todos, sin excepción, serán internos.

En las últimas líneas del "Proyecto" se dice: "Los padres o apoderados recibirán todos los semestres un informe exacto de la conducta, aplicación y salud de sus hijos o recomendados."

DE AQUELLO NO QUEDA NADA

La construcción que existía en 1849 ha desaparecido totalmente. En los edificios del Colegio actual no queda ni rastro de aquella construcción primitiva.

En aquella remota época todo el terreno del Colegio estaba rodeado por una reja de fierro de color verde, cuya puerta tenía una coronación semicircular en la cual se destacaba, en cifras blancas, el año de la fundación del establecimiento: "1849".

Tras la reja se veía un amplio patio empedrado, en medio del cual se alzaba un esbelto pino. Al lado derecho, entrando, estaban los salones de recibo; a la izquierda quedaban la portería, la oficina del padre Rector y, por último, la oficina del padre Aniceto, el ecónomo.

Precisamente, junto a esta oficina, se abría, en el fondo, la entrada a los patios interiores, en el primero de los cuales existía un pozo para el agua potable. A continuación venía el segundo

patio, que era el único destinado a los alumnos, y que corresponde por su ubicación, al patio embaldosado actual. Por cierto, el patio de aquel entonces era de oriente a poniente, mucho menor que el actual, como que ocupaba en esa dirección sólo 42 de los 70 metros que mide hoy. Los 28 metros del costado de la calle Carrera que entonces le faltaban, quedaban en la propiedad vecina y se incorporaron al terreno del colegio sólo a comienzos del presente siglo.

Estaba este patio dividido en tres sectores de poniente a oriente: el sector que da hacia la calle Latorre era el de "los grandes". Se dividía éste del patio de "los medianos" por un hermoso parrón de columnas de madera y armaduras de fierro arriba, de 140 metros de largo y que cruzaba todo el actual patio embaldosado, continuando por el lugar ocupado hasta hace poco por el proscenio del teatro para ir a rematar en el extremo sur del hermoso parque, al cual damos hoy el nombre de "la Quinta".

El tercer y último sector del patio, el que daba



Patio interior de los SS. CC.

hacia la actual calle Carrera (que entonces no existía), era el de "los chicos" o "penecas", quienes quedaban separados de "los medianos" por un cerco de alambres. Tengan todos presente que el número total de alumnos no pasaba, en 1860, de cien, y que, por lo tanto, cabían holgadamente en este patio que para nosotros sería muy estrecho.

De lo dicho más arriba, deducirán fácilmente los lectores que la entrada al Colegio no estaba, como hoy, al lado oriente de la iglesia, sino a la derecha, entre ella y la calle Latorre; allí permaneció durante 71 años, hasta 1920.

Una cosa más hay que advertir para una mejor comprensión del ambiente en que vivían los alumnos de aquella época, y es que durante los primeros 50 años de existencia del colegio, todos los alumnos, sin excepción, eran "internos", esto es, tenían clases, estudios, domicilio y alimentación en el Colegio; en él transcurrían sus vidas, y no existían problemas de viajes, ni de locomoción.

Los alumnos de la primera época no gozaron de las comodidades que tuvieron los que vinieron más tarde, porque vivieron y estudiaron en la antigua y baja edificación de un piso que existía desde antes de 1849, en la chacra del Callejón de Padura.

EL ORGANIZADOR DEL COLEGIO

Esta situación experimentó leves progresos en los rectorados del fundador, padre Vicente Duboize, y sus inmediatos sucesores, los padres Pedro Moreno y Pacomio Olivier.

En enero de 1858 inició su rectorado —que iba a durar casi 11 años— el padre Marino Hervieu, hombre de muy altas dotes como gobernante y educador, quien iba a colocar al Colegio de los Sagrados Corazones, de Santiago, entre los establecimientos educacionales de primera categoría de la ciudad y del país.

Un alumno que lo conoció dice de él lo siguiente: "Era el padre Marino de nobilísimo aspecto, de elevada estatura, no grueso de cuerpo, facciones correctas, semblante modesto, muy culto en su trato y expresión. En el andar, tranquilo, revelaba, en fin, tener supremo dominio sobre sí. Talento organizador, varón ilustrado y hombre santo: he ahí la impresión que carac-

teriza el indeleble recuerdo que sin duda conservan cuantos le vieron y trataron".

Otro ex alumno, don Gonzalo Bulnes Pinto, que estudió en el colegio desde el año 1860 hasta 1866, dice lo que sigue: "En la época de mi ingreso al Colegio, el rector era el padre Marino, un francés recio, de aspecto imponente, de carácter bondadoso, a cuyo tribunal supremo no se acudía nunca sin salir de él reconfortado con un buen consejo, con una advertencia oportuna o con una palabra amable."

Este hombre superior se atrevió a acometer la empresa frente a la cual sus antecesores habían trepidado: iniciar la construcción de un edificio escolar.

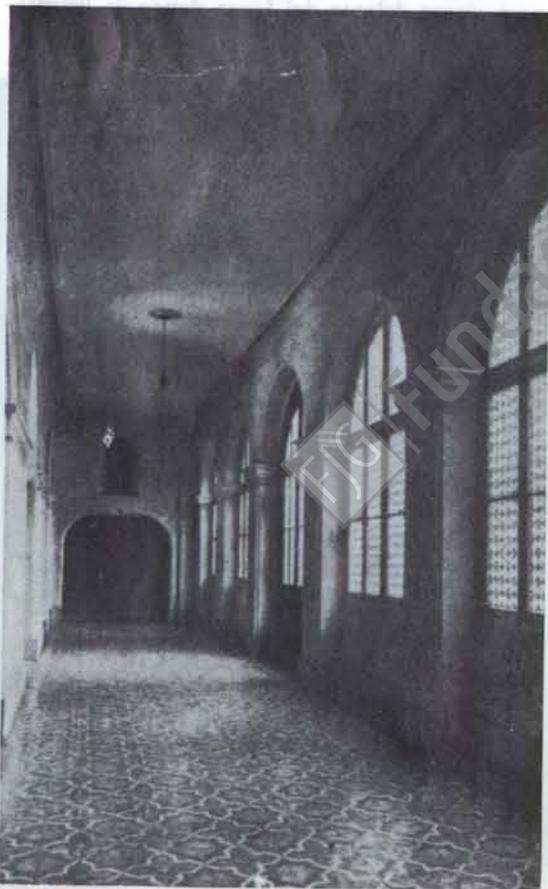
El año 1864 señala el comienzo de esta obra de largo aliento que se tradujo en un cuerpo de edificio que se fue extendiendo a lo largo del Callejón de Padura, y que con el tiempo alcanzó una extensión de 140 metros. Este antiguo edificio doblaba, como el actual, hacia el oriente, para pasar delante del lugar donde se levanta-



Segundo Rector, iniciador de la construcción del Edificio Escolar.

ba el teatro; pero llegaba sólo hasta la mitad del patio, porque —como ya se dijo— los 40 metros de terreno que faltaban para llegar hasta la calle Carrera, no le pertenecían en aquella época al Colegio.

El colegio, que había comenzado a funcionar con cinco religiosos como profesores, contaba, por 1865, con once. Acompañaban muy eficientemente al padre Marino en la labor docente, los padres: Augusto Jamet, eximio profesor de Francés; Palmacio Ehrhard, profesor de Matemática, Química, Física e Historia Natural; Pascual Schmidt, profesor de Matemática, Álgebra y Geometría; Alfonso Macaire, gran profesor de Filosofía. También hay que nombrar a los padres Justiniano Roustit, Engelberto Blum, Francisco Debet —arrebata-do al aprecio y afecto de alumnos, profesores y padres de familia a la temprana edad de 34



Una de las galerías del Colegio.

años—, Donato Loir, Tomás Robledo y Aniceto Bossin, el más santo, amable y servicial de los hombres, que llevó en forma inmejorable, durante 24 años, la penosa, obscura e importantísima labor de Ecónomo del Colegio.

Los religiosos de los Sagrados Corazones, de Santiago, pidieron y obtuvieron la colaboración en la docencia de destacados profesores se-glares. No se pueden omitir los nombres de esos colaboradores, como los de don Manuel Sánchez, magnífico asesor de las Academias Literarias; don Demetrio Gómez, eximio en Matemática y Gramática; don Ruperto Marchant Pereira, brillante profesor de Historia; el doctor don Carlos Mönckeberg, excelente profesor de Geografía; don Enrique Nercasseau y Morán, uno de los hombres más versados en el conocimiento del idioma Castellano; don Ramón Gutiérrez, excelente profesor de Latín y Literatura.

CONSTERNACION Y LLANTO

Todo, en el Colegio, iba progresando a ojos vistas, y empezaban ya a despuntar esas actividades necesarias para la formación integral de los alumnos, como la Academia Literaria, las representaciones dramáticas, los conjuntos musicales, las actividades deportivas. Pero estas hermosas realidades y las muchas que prometía el porvenir se vieron sorpresivamente amenazadas por una muy dolorosa y gravísima desgracia: la corta enfermedad y la muerte inesperada del eminente rector del Colegio, el padre Marino, quien falleció santamente el martes 6 de octubre de 1868, cuando sólo tenía 42 años de edad.

La consternación y el dolor de todos los que tuvieron la suerte de conocerlo y tratarlo fueron muy hondos, y muy impresionante fue el traslado de sus restos mortales al cementerio, pues el carro que los llevaba iba cubierto de flores y era arrastrado a mano por los 200 alumnos del Colegio.

EL PADRE AUGUSTO JAMET

Afortunadamente la luz de la antorcha que el padre Marino había mantenido en alto durante 10 años, no declinó ni perdió nada de su brillo, pues pasó a las manos de uno de los religiosos que con él había trabajado y que tenía las dotes necesarias para ser su digno sucesor.

Fue rector de este Colegio desde el año 1870 hasta el año 1881. Dio a la enseñanza un impulso vigoroso y atrajo hasta este establecimiento la confianza de los padres de familia y una gran estimación pública. El trato que tenía con profesores y alumnos se basaba en el amor y en el respeto.

Era afectuoso con los niños a los cuales dominaba por la insinuación y por el consejo más que por el castigo. Le costaba castigar: casi no sabía hacerlo. Quería a veces infundir miedo, poniendo semblante airado y enronqueciendo la voz, pero no le resultaba: su bondad le vencía.

No obstante este régimen benigno, el establecimiento funcionaba con regularidad perfecta. A cada persona le hablaba en su idioma y a cada cosa le daba su verdadera importancia, sin agrandar lo pequeño ni empequeñecer lo grande.

Era orador por temperamento: tenía palabra fácil, imaginación viva y corazón sensible.

Con cariño singular consideraba a Chile como su segunda patria. Tenía acceso a todas partes, ya que en los círculos sociales, en el comercio, en los Tribunales, en el Congreso, en todas partes, había discípulos suyos y amigos de corazón que se complacían en atenderlo.

Luego de su viaje a Europa, vuelve a “su” Chile para morir en él. Vivió muy querido y murió muy llorado. Entregó su alma al cielo, y la parte de la tierra donde posó su huella, la dejó labrada con labor fecunda.

Tenía el padre Augusto, al asumir el cargo de rector, 37 años de edad, y era un hombre sobresaliente por su clara inteligencia, por sus dotes de orador, por sus cualidades como profesor, por su voz hermosísima y, sobre todo esto, por una bondad incomparable que atraía y cautivaba.



Busto del Rvdo. Padre Augusto Jamet.

"EDAD DE ORO" (1870-1880)

El nuevo rector empleó todo su tiempo, su talento y su energía en continuar y llevar a término lo que con tanta visión había iniciado el padre Marino.

En la década de 1870 a 1880 se construyó el edificio que cerraba los patios del Colegio por el costado norte. Ocupaba el mismo sitio que hoy ocupa el edificio donde están la sacristía y las oficinas del rector del Colegio, con la diferencia que era más corto, pues su término por el lado oriente distaba 40 metros de la actual calle Carrera.

Entre los años 1870 y 1880 se ubicaron definitiva y adecuadamente, en el edificio de dos pisos que se extendía a lo largo de la Avenida del Campo de Marte (pues éste fue el nombre que recibió por aquellos años el antiguo Callejón de Padura), los gabinetes de Física, Química e Historia Natural. También se ubicaron allí el Gimnasio y la Biblioteca.

En el extremo sur de "la Quinta" se construyó una piscina circular, con una isla en el

centro, la que estaba unida a la orilla por un puente elevado. En ella encontraban los alumnos alivio y frescura en las calurosas tardes de los últimos meses del año escolar.

HORARIOS, USOS Y COSTUMBRES

La vida de los alumnos en aquella época, entre 1860 y 1880, era muy sencilla, y el orden interno se observaba con mucho esmero.

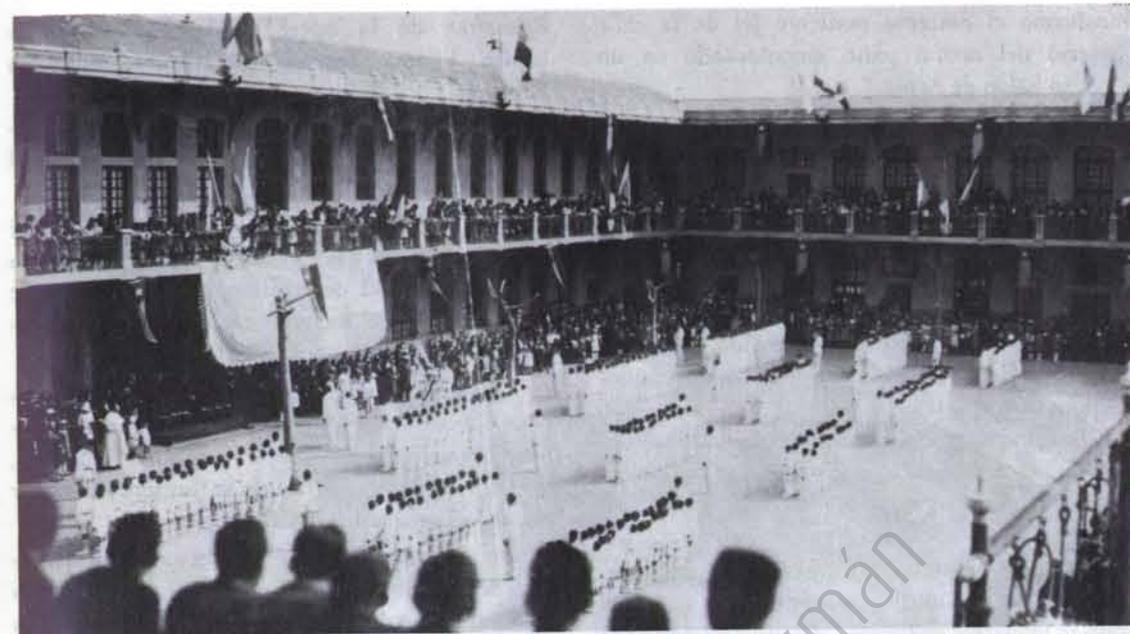
La levantada de los alumnos era a las 5 de la mañana, en verano y a las 6, en invierno. A las 8 de la noche era la recogida y... ¡todos a dormir!

Las comidas eran sanas y abundantes y se verificaban en el siguiente orden: el "almuerzo" a las 8.30 de la mañana; las "once" a mediodía; "comida", a las 4 de la tarde y antes de acostarse una taza de té con pan.

La vida se deslizaba tranquila y como en familia; todos los alumnos estaban ligados por un verdadero compañerismo, sin distinción de clases ni apellidos, lo que hacía grata la convivencia en el Colegio.



Patio de los mas chicos.



Solemne entrega de premios.

Entre clase y clase había recreos. Los más largos eran los que había después de "las once" y "la comida". Todo, en ellos, era alegría y los alumnos se entretenían con diversos juegos que, según la época, eran las bolitas, el trompo, el emboque, el salto a la cuerda y, en la primavera, los volantines, los que despertaban mucho entusiasmo y animación. Todos estos útiles de juego los proporcionaba el Económico, el padre Aniceto, a precios muy módicos. También se jugaba a tirar la cuerda y a la agitada barra, que era al mismo tiempo un gran ejercicio.

LAS FIESTAS

Eran los días más esperados y de mayor alegría en el Colegio, que compartían alumnos y profesores. Había dos festividades principales: la del día del Corazón de Jesús y la del día del Padre Rector. En ellas no había clase en todo el día, desde muy temprano todo era bulla, cohetes y voladores, y en la tarde elevación de globos que fabricaba el ex alumno Francisco Javier Sánchez. Al obscurecer, se encendían deslumbrantes y hermosísimos fuegos artificiales, preparados en el mismo Colegio por los profesores de Química, don Demetrio Gómez y el padre Palmacio.

Generalmente, en la noche, se representaba una comedia en la que los mismos alumnos trabajaban como actores. En uno de los entreactos se servía a los alumnos de todo el Colegio pasteles de muy buena calidad, que traían los mozos en grandes bandejas de madera, en las cuales venían los platos con tres pasteles cada uno, los que eran saboreados con el apetito que con justicia merecían.

LA REPARTICION DE PREMIOS

Junto con la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y la del Padre Rector, la que figuraba entre las fiestas anuales de primera categoría, era la Distribución de Premios, que se efectuaba en el mes de diciembre.

En los primeros años de vida del Colegio, esta fiesta se celebró en alguna de las espaciosas salas de estudio, convenientemente adornada y transformada en Salón de Actos.

Pero el aumento del número de alumnos y, por lo mismo, de los familiares que tenían interés por estar presentes en el acto, obligó a buscar un lugar más amplio para dar cabida cómoda y holgada al número siempre creciente de asistentes.

Para la Repartición de Premios de 1870, se

transformó el extremo poniente (el de la calle Latorre) del actual patio embaldosado en un inmenso Salón de Actos.

En el costado sur de este teatro improvisado se levantó el proscenio, y aprovechando las columnas y el corredor del segundo piso del edificio, se construyó una sólida armazón de madera, sobre la cual se extendió una lona que sirvió de cielo.

Con el mismo material y con cortinas se cerraron los costados, y con aserrín teñido con anilina verde se cubrió el suelo del patio, que en aquella época era de tierra.

El acto se efectuó después de comida y asistieron a él cerca de 2.000 personas, entre las cuales se destacaban magistrados, sacerdotes, hermosísimas damas y una juventud brillante, entusiasta y distinguida.

Desde el escenario, magníficamente iluminado, la poderosa y vibrante voz del padre Augusto proclamaba los nombres de los premiados, que eran repetidos como en simpático eco, y entre vivos aplausos, por la desbordante y animada concurrencia.

Durante el acto se ejecutaron diversos trozos de muy buena música, que fueron muy del agrado del numeroso y selecto público.

El número sensacional de ésta, la más solemne Repartición de Premios de la edad antigua del Colegio, fue el del padre Augusto Jamet, quien, con esa su voz de tenor, prodigiosa y soberana, cantó, acompañado al piano, una

Romanza de la ópera ("Mignon") de Ambroise Thomas, ópera aún no estrenada en Santiago.

El público quedó subyugado: nunca en Chile se había escuchado una voz semejante y, tal vez, nunca más se la ha vuelto a escuchar.

El número final de esa velada, que marcó el comienzo de una nueva era en la vida del Colegio y de la sociedad de Santiago, fue una obra de teatro, en la cual lucieron sus cualidades dramáticas varios alumnos del Colegio.

La fiesta terminó a medianoche y la numerosa concurrencia se retiró a sus hogares gratamente impresionada por la calidad del acto, que era de los mejores que se presentaban, por aquella época, en la ciudad de Santiago.

Por más de 20 años se efectuó la Repartición de Premios en forma semejante y en el mismo local, el que había que armar y desarmar en cada ocasión.

Esta actividad anual de la construcción del "Salón de Actos", distraía excesivamente a los alumnos de su labor primordial: los estudios. Este obstáculo abrió los ojos de muchos. Se vio claramente que el Colegio estaba inconcluso, pues carecía de un salón de actos digno de su calidad y categoría.

Era preciso construir uno, grande y definitivo; pero, interrumpamos por un momento el tema, pues hay otros de suma importancia que han quedado muy atrás.

LA ACADEMIA LITERARIA

Una institución que ya existía desde los tiempos del rectorado del padre Marino Hervieu, pero que en la década del 70 al 80 llegó a su apogeo, a su "Edad de Oro", fue, sin duda alguna, la Academia Literaria.

Había nacido ésta el año 1862, y ese año y los siguientes celebró sus sesiones en el amplio salón que se formaba uniendo los dos estudios que quedaban exactamente donde hoy se levanta el muro que separa el patio de tierra del patio embaldosado. Era un cuerpo de edificio de un piso, perpendicular al edificio de la calle Latorre actual. Junto a ésta, precisamente, se alzaba el proscenio desde el cual hablaban los académicos.

En ese antiguo salón, del cual no quedan ni rastros, se oyeron, hace 100 años, las voces de los que, en aquella época, eran alumnos del Colegio.

Entre muchos otros se pueden citar aquí los siguientes: Enrique Nercasseau, Francisco Javier Castillo, Pedro Nolasco Cruz, José Ramón Gutiérrez, Guillermo y Rafael Errázuriz Urmeneta, Alejandro Silva de la Fuente, Enrique Larraín Alcalde y Manuel A. Covarrubias.

Los miembros de la Academia eran "de banda y cruz", pues en las sesiones solemnes se presentaban llevando terciada una banda de seda roja y una cruz de Malta en el pecho.

Las sesiones se efectuaban a las 9 de la noche,



La Academia Literaria junto al Padre Drinot.

después de comida (la que normalmente era, en ese entonces, a las 7 P.M.). En ellas los académicos leían o recitaban sus creaciones artísticas, las que alternaban con escogidos trozos musicales.

Cuando a finales del siglo pasado demolieron las salas de estudio donde sesionaba la Academia, ésta se trasladó al segundo piso del edificio de la calle Latorre, más o menos donde está el límite del patio de tierra y el embaldosado. Se puede, pues, decir que sólo cambió de piso.

En su nueva ubicación, la Academia Literaria contó con una sala propia, amplia y cómoda, en la cual prosiguió sus actividades hasta el año 1920.

Como consecuencia natural de la palabra hablada vino la palabra escrita, y apareció, por el año de 1865, un periódico muy interesante y bien redactado, que gozó de larga vida, si se lo compara con la que suelen alcanzar las publicaciones escolares. Llevó como nombre *El Sol de Septiembre*, y su primer número salió manuscrito. Sus creadores fueron los académicos

Emilio, Luis y Ruperto Marchant Pereira, Mariano Egaña, Juan Nepomuceno Segundo Jara y Eugenio Chouteau.

El Sol de Septiembre es, pues —que se sepa—, el primer y más antiguo periódico publicado por los alumnos de los Colegios de los Sagrados Corazones de América, y el mérito y la gloria le pertenece a los alumnos de Santiago. Su Colegio aventaja, por más de 40 años, a publicaciones escolares más conocidas, pero que nacieron sólo en los primeros años del presente siglo y de las que se hablará a su debido tiempo.

DIGRESION DISCULPABLE

Vamos a alejarnos, pero no excesivamente, del camino que hemos venido recorriendo para recordar un hecho que causó honda impresión en los miembros de la Congregación y en las muchas personas de Santiago que se sentían unidos a ella.

El primer viernes de febrero, día 6 de ese mes, del año 1874, se inauguró solemnemente



Antigua Iglesia de los SS. CC.

el templo de los Sagrados Corazones, de Valparaíso, cuya construcción había demorado 5 años y 9 meses. Huelga decir que gran número de los religiosos del colegio de Santiago se trasladaron al Puerto para tomar parte en los actos que se efectuaron en tan memorable ocasión.

Al padre Augusto Jamet —como se puede suponer— le correspondió una destacada participación en el desarrollo de las diversas ceremonias con que se celebró la inauguración.

Los festejos se prolongaron por espacio de 11 días. El día en que finalizaban, el martes 17 de febrero, llegó a Valparaíso, en el vapor "Illimani", el reverendísimo padre Marce-

lino Bousquet, primer Superior General de la Congregación que llegaba a Chile y a América.

Alcancó, pues, a officiar el último acto —la bendición con el Santísimo— con el que llegaron a su término las numerosas ceremonias religiosas que rodearon ese acontecimiento tan importante en la historia religiosa de Valparaíso.

Dos meses después —el martes 14 de abril—, el padre general se dirigió a Santiago por el tren que partía a las 8 A.M. del Puerto. Lo acompañaban los padres Engelberto y Tomás y el Hno. Sulpicio, y ocupaban, con otros pocos viajeros, el vagón que venía inmediatamente detrás de la locomotora de vapor.

Durante cuatro horas el viaje se desarrolló sin tropiezos. A las doce y cuarto el convoy pasó por la estación de Colina, y corría a 60 kms. por hora —altísima velocidad para la época—, hacia Quilicura, cuando repentinamente la locomotora saltó de la vía y el vagón que venía tras ella se partió en mil pedazos.

Por efectos del fortísimo impacto algunos pasajeros fueron lanzados lejos del vagón y sufrieron diversas contusiones. De los cuatro religiosos de la Congregación, quien salió peor librado fue el padre general.

Muy lento y doloroso fue su traslado hasta el Colegio de la Alameda, donde permaneció postrado y sin poder dormir durante tres semanas.

Este gran percance fue la ocasión para que se manifestara, en medida que conmovía, el sincero aprecio de que gozaba la Congregación en Chile. Desde el señor arzobispo y los más altos magistrados hasta las personas más humildes de la sociedad de Santiago, rivalizaron en sus muestras de interés y afecto por el padre general.

Después de 20 días de penosa inmovilidad, pudo empezar a dar algunos pasos, y antes de un mes desde el lamentable accidente, pudo llevar su vida normal.

Finalmente, el viernes 15 de mayo regresó, ya muy repuesto, a Valparaíso.

EL CORAZON DEL COLEGIO

En los 25 años de existencia del Colegio todo había ido progresando en forma pareja: lo religioso, lo intelectual y lo material.

En este último aspecto se contaba ya con locales adecuados para las diversas actividades; pero la primera y principal de todas, la vida religiosa, que crecía pujante y vigorosa, se sentía estrecha e incómoda en el modesto recinto primitivo.

Para ubicar esa antigua capilla de 1849, hay que recordar lo que se dijo del patio que quedaba a la entrada del Colegio. Si se quería pasar de este primer patio a un segundo patio pequeño que ya no existe, había que atravesar un pasaje cubierto que quedaba al costado poniente de la capilla actual.

En el costado derecho de ese pasadizo se abrían las amplias puertas de la capilla de 1849, que era una sala de poca altura que se extendía desde el lado poniente de la iglesia actual hasta

la calle Latorre, con un largo aproximado de 25 metros.

Lo que, a falta de algo mejor, había servido 25 años atrás para 50 alumnos y 5 profesores, era, en 1874, totalmente inadecuado para 200 alumnos y 20 religiosos. La situación se había tornado insoportable, y se imponía, en forma urgente e impostergable, la construcción de un templo que fuera un homenaje a la gloria de Dios y fomentara la piedad y la devoción de los hombres.

Obtenida, después de muchas instancias, la autorización del padre superior general, se buscó al artista capaz de dar forma a la obra de arte que se deseaba edificar, y la elección recayó en el afamado arquitecto francés residente en Chile, don Ludovico Dussoulier. El fue el autor de ese bellissimo monumento religioso que fue la antigua Capilla de los Padres Franceses, de Santiago.

No tardó mucho tiempo el arquitecto en tener listos los planos, y el día sábado 8 de septiembre de 1877 se procedió a colocar la primera piedra del edificio, el que fue construido con celeridad impresionante, pues quedó terminado al cabo de 18 meses de trabajo. En su construcción se emplearon 150.000 ladrillos.

A comienzos del año 1879, el edificio de la capilla estaba llegando a su terminación.

Para la solemne ceremonia de la inauguración se eligió el día miércoles 19 de marzo de dicho año, festividad de San José, Patrono de la Congregación.

En la tarde del día anterior se procedió a la bendición del nuevo templo y a la traslación del Santísimo Sacramento a su nueva morada.

Esta ceremonia estuvo a cargo del padre Augusto, quien era ya Provincial de América y de Chile desde fines del año anterior.

El día 19 se celebró la primera misa en la nueva capilla. El celebrante fue el presbítero don José Ramón Astorga, vicario general de la Arquidiócesis de Santiago.

La obra de arte, de estilo románico, alcanzó el fin para el cual estaba destinada. Se respiraba en ella un clima indefinible de silencio, de paz y de recogimiento, que invitaba a la oración, a escuchar lo mucho que Dios tiene que decirnos.

En cuanto a las dimensiones del edificio, vale la pena anotar que por su largo era algo menor que el actual, que tiene 40 metros. La anchura era claramente inferior, pues sus murallas late-

rales se levantaban donde están los arcos de la nave central de la iglesia actual.

Entre otras diferencias se puede recordar que el interior de la capilla antigua estaba totalmente cubierto por una magnífica decoración de múltiples colores; la actual, en cambio, carece de decoración. Otro aspecto que diferenciaba a la antigua capilla de la actual, es que la antigua no tenía puerta directa a la Alameda. Para entrar a ella había acceso al Colegio por la única puerta que entonces existía, que —como ya se dijo— quedaba en la Alameda, entre la capilla y la calle Latorre.

La puerta por la que entraban los alumnos y los profesores del Colegio, estaba, también, en el costado poniente de la capilla. Por el lado oriente —por el cual se entra hoy— no había puerta alguna, por la sencilla razón que el terreno y los edificios que allí existían no le pertenecían al Colegio.

Entre muchos otros datos interesantes que tienen relación con la capilla son dignos de recordarse la participación señaladísima que

le correspondió en la empresa de su construcción al padre Palmacio Ehrhard, miembro, en aquellos años, de la Comunidad de los Sagrados Corazones de Santiago.

También hay que nombrar aquí al padre Aniceto Bossin, ese religioso ejemplar, ese ecónomo laborioso que tan abnegadamente trabajó por el Colegio de Santiago. El, más que nadie, colaboró en la obra de la construcción, y ya estaba preparando el programa del día de la inauguración. Pero no alcanzó a ver la obra terminada, pues falleció santamente el 30 de septiembre de 1878, esto es, 5 meses y 19 días antes de la fecha de la inauguración.

Por último, se puede apuntar aquí como dato interesante, que el costo de la capilla ascendió a \$ 70.000 pero pesos de 1879.

EL LLAMADO DE LAS ARMAS

La inauguración de la capilla de los Sagrados Corazones de Santiago se efectuó en los días

en que Chile se encontraba enfrentado a una peligrosa situación internacional.

Treinta y cuatro días habían pasado desde el 14 de febrero de ese año 1879, día en que las fuerzas chilenas habían tomado posesión de todo el territorio que queda al sur del río Loa.

Diecisiete días después, esto es, el sábado 5 de abril de ese mismo año, Chile declaró la guerra al Perú y a Bolivia unidos.

Desde esa fecha todos los chilenos acudieron a colaborar en la empresa suprema de la defensa de la patria. La juventud, sobre todo, dio muestras de su ardor y entusiasmo.

Los planteles educacionales proporcionaron un numeroso contingente de excelentes guerreros, y de los colegios de los SS.CC. de Santiago y de Valparaíso salieron más de 50 alumnos y ex alumnos, que combatieron como oficiales en las fuerzas militares y navales que tomaron parte en esa agotadora y gloriosa contienda.

A ellos habría que sumar el alto número de eficientes artesanos formados en la Escuela Gratuita de los SS.CC. de Valparaíso, dirigida por el famoso padre Marciano D'Arteil. Fueron ellos un elemento valiosísimo dentro de los cuadros de suboficiales que combatieron en la guerra.

También le correspondió un papel importante en la guerra, como capellán del Ejército, al Pbro. don Ruperto Marchant Pereira, quien tuvo la fortuna y la honra insigne de descubrir y recuperar, en la sacristía de la iglesia de San Ramón, en Tacna, el desgarrado y sacrosanto estandarte del "2° de Línea".

Ruperto Marchant fue ese alumno del colegio de Santiago que tanto se destacó en sus años escolares, por las obras dramáticas que compuso y en las cuales él mismo trabajó como actor.

De los ex alumnos del colegio de Santiago, seis dieron la vida por la patria. Ellos son:

Miguel A. Isaza Flores, aspirante de la Marina de Guerra, quien fue mortalmente herido en el desembarco en Pisagua; tenía sólo 19 años de edad.

Francisco Olivos Bustamante, capitán del 2° de Línea, quien encontró la muerte, a la edad de 24 años, en la batalla de Tacna.

Francisco Ordóñez Urbina, subteniente del Batallón Aconcagua, quien dio la vida en la batalla de Miraflores, a la edad de 25 años.

Luis Larraín Alcalde, sargento mayor del Regimiento Coquimbo, muerto a los 25 años de edad, a consecuencia de la gravísima herida recibida en la batalla de Miraflores.

También dieron la vida por la patria: *Onofre Montt*, quien fue alumno del Colegio en los años 1873 y 74; y *Carlos Bonn Edwards*, alumno en los años 1875 y 76.

Acerca de ellos dos no hemos encontrado, lamentablemente, los pormenores anotados junto a los nombres de los anteriores, pero se sabe que murieron antes del 17 de enero de 1881 y, por lo tanto, tan jóvenes como sus gloriosos condiscípulos.

HOMENAJE A LOS CAIDOS

El lunes 14 de marzo de 1881 hizo su entrada triunfal en Santiago el general Baquedano, a la cabeza del victorioso Ejército de Chile. Cincuenta mil personas se alinearon en la Alameda de las Delicias para vitorear y aplaudir a los gloriosos soldados de la patria.

Pero en medio de ese entusiasmo delirante se escondía la aflicción y el duelo por los que partieron para no regresar.

Este era el sentimiento que palpitaba doloroso en el corazón de los profesores, los alumnos y los ex alumnos del Colegio de los Sagrados Corazones, de Santiago, y de ese sentimiento brotó la idea y la decisión de honrar, con una manifestación solemne, la memoria de los condiscípulos que murieron en los campos de batalla.

Las solemnes ceremonias recordatorias se efectuaron los días sábado 30 y domingo 31 de julio de ese año de 1881.

El primero de esos días estuvo consagrado a los actos religiosos, y en él se celebraron solemnes honras fúnebres en recuerdo de los amigos caídos. El Sacrificio de la Misa se celebró en la flamante y magnífica capilla del Colegio, y la oración fúnebre estuvo a cargo del padre Augusto Jamet.

El era el hombre indicado para hablar en esa ocasión, pues conocía a todos los alumnos que habían partido a la guerra y poseía, además, en muy alto grado, el don de la elocuencia.

A continuación se transcriben dos párrafos de su oración fúnebre, para dar una lejana y pálida imagen de su cautivadora elocuencia:

"Se ha pretendido desterrar de los funera



Patio de los mayores.

les de los grandes hombres todo luto y llanto y substituirlos por coronas y laureles, apoteosis y encomiásticos discursos; porque las lágrimas —dicen— arguyen debilidad en quien las vierte y manifiestan que no se sabe valorar la gloria alcanzada por los héroes. ¡Triste error! Las lágrimas, hijas del corazón, no amenguan a nadie; antes bien, honran a quien las derrama y a quien las hace verter. Son, a menudo, señal de fuerza y símbolo de ternura y de nobleza de alma. Ellas son, con frecuencia, el único poder que en el hombre subsiste, cuando yacen deruidos los demás poderes. ¡Cuántas veces alcanzó una lágrima lo que no lograron ni racionales convincentes, ni terribles amenazas! Por eso el hombre, cuando se agotan sus fuerzas y la inteligencia y la voluntad se declaran impotentes para obtener el objeto perseguido, se sienta, como Agar en el desierto, y se echa a llorar. El llanto es la fuerza postrera con que se escuda en el quebranto, y la palabra que en él no calla cuando la lengua enmudece. Es tal la virtud de las lágrimas que alcanzan cuanto piden; todo corazón sensible cede a sus mágicos influjos, y Dios mismo nunca desoye la oración del que llora.”

En el otro párrafo que se transcribe se lee lo siguiente:

“Yo he visto, señores, a estos niños queridos en el día de su partida; se despedían de su antiguo maestro, quien seguramente estaba muy lejos de imaginarse que tan pronto, en medio de sus padres y hermanos llorosos y de los amigos y condiscípulos enternecidos, tendría que darles en este santuario, el último y supremo adiós. Entonces, todo era contento y alegría, porque iban a cumplir con un gran deber; y cábeme declararlo públicamente, admiré el ardor y la sinceridad de sus sentimientos; su ansia de sacrificio me pareció tan fuerte e irresistible, que, no bastando a explicármela, ni el amor a la gloria, ni el amor a la patria, hube de buscar la causa de tanta decisión en un principio superior, en Dios. Sí, vi que Dios les quería y que era su voz la que secretamente los llamaba.”

Al día siguiente, domingo 31 de julio, se efectuó el “Acto Literario-Musical” de los ex alumnos, en el cual se leyeron poesías y discursos y se ejecutaron trozos de música selecta, para honrar a los antiguos alumnos del Colegio muertos en la campaña del Norte.

El primer discurso estuvo a cargo de don Ruperto Marchant Pereira, el ex alumno más indicado para hablar en esa ocasión pues hacía sólo cuatro meses que había regresado de Lima, hasta donde había llegado acompañando al Ejército en su calidad de capellán militar.

A continuación, don Antonio Espiñeira leyó los versos de su composición poética, que lleva como título: “Amor de Patria”.

El número siguiente del programa fue el discurso de don José Francisco Cruzat Vergara. Después don Francisco A. Concha Castillo leyó su poesía “Dolor Generator”. El discurso que siguió a continuación estuvo a cargo de don José Ramón Gutiérrez M.

El número final de esta solemne sesión fue la poesía “Luz y Sombra”, compuesta y leída por don Guillermo Errázuriz U.

Terminado el Acto Literario-Musical se distribuyó un folleto en el que aparecen íntegros los textos de la Oración fúnebre pronunciada por el padre Augusto Jamet y de los discursos y poesías ya nombrados. Aparecen, además, en él, las “Biografías” de los ex alumnos muertos en la guerra, las que están escritas por diversos ex alumnos.

NUEVO ROSTRO

Hasta el año 1875, la fachada del Colegio que mira a la Alameda conservaba el mismo aspecto semicampestre que presentaba en 1849.

En los últimos 25 años la ciudad de Santiago había crecido en extensión, y, también, en adelanto urbanístico. La Alameda de las Delicias frente a la avenida “del Campo de Marte”, ya no era el ancho terreno eriazos por el cual corrían dos acequias.

Todo este sector estaba ahora pavimentado con adoquines e iluminado con faroles de gas.

Se imponía, pues, ponerse a tono y darle un nuevo rostro al Colegio de los Sagrados Corazones.

En el mes de octubre de 1875 se comenzó la construcción del edificio que quedaba entre la capilla y la calle Latorre, el que medía 45 metros de frente. La obra quedó terminada en el mes de mayo de 1876 y se componía de un sector de dos pisos, que se levantaba, precisamente, en la esquina de la Alameda con Latorre.



Vista panorámica de la fachada.

1886

Hay que llegar al año 1886 para encontrar algunos hechos dignos de ser recordados.

Uno de ellos, bastante pintoresco, tuvo lugar el 25 de febrero de ese año. En ese día quedó instalada, en el colegio de Santiago, una línea telefónica, “que pone a esta casa en comunicación con la ciudad” (así lo escribe textualmente el prolijo y fiel cronista).

El día 24 de septiembre del mismo año, el padre Cosme Löhr, rector del Colegio, fue a visitar al nuevo Presidente de la República, don José Manuel Balmaceda, quien lo recibió muy amablemente, y le prometió que iría a visitar el establecimiento del cual había sido alumno durante tres años, desde 1849 a 1851.

Efectivamente, un mes más tarde, el 29 de octubre, vino a visitar el Colegio. Lo acompañaban don Pedro Montt, ministro de Instrucción Pública; don Francisco Freire, intendente de la provincia, y el ministro plenipotenciario de Francia.

El acto literario-musical que se le tenía preparado, se inició a las 2 P.M. El saludo de felicitación estuvo a cargo del alumno don Francisco Rivas, quien recitó unas décimas compuestas por él mismo. Otros tres alumnos lo

felicitaron: el primero, en francés; el segundo, en inglés y el tercero, en italiano. Agradeció el Presidente el homenaje que le habían tributado y dio a los alumnos un día de asueto. En seguida recorrió todo el Colegio y a las 4 P.M. se sirvieron unas espléndidas once, durante las cuales el rector, padre Cosme Löhr, brindó por su salud. El señor Pedro Montt agradeció la manifestación, y los ilustres visitantes se retiraron poco antes de 5 P.M.

En los primeros días del mes de enero de 1890 se inició la construcción de un nuevo rectorio y una nueva cocina para la comunidad religiosa. Estas dependencias quedaron ubicadas a continuación de los dormitorios de los internos, con frente a la Avenida del Campo de Marte, es decir, ocuparon el extremo sur del edificio actual de la calle Latorre.

El 2 de junio de ese mismo año falleció el padre Justiniano Roustit, quien era el más antiguo de los profesores del Colegio, como que había permanecido en él por espacio de 29 años. Fue un profesor excelente, muy respetado y querido por los alumnos y ex alumnos. Como el Cementerio General estaba todavía execrado, sus restos fueron sepultados en el cementerio que las Religiosas de los SS.CC. tenían en su propiedad de la calle Santa Rosa.

1891

El año 1891 fue para Chile y sus habitantes un año raro, trágico, debido a la guerra civil que estalló en él.

Comenzó ésta con el levantamiento de la Escuadra en Valparaíso, el día miércoles 7 de enero de 1891.

Esto no impidió que un mes después, el día lunes 2 de febrero, tomara hábito, en la capilla de Santiago, un ex alumno del colegio de Valparaíso.

Este joven, que tenía sólo 15 años de edad, se llamaba Eduardo Crawley-Boevey. Desde ese día cambió su nombre por el de Estanislao, el que mantuvo hasta el mes de enero de 1893, fecha en que tomó el nombre de Mateo, nombre que lo acompañó hasta su fallecimiento, ocurrido en Valparaíso el 4 de mayo de 1960.

El ambiente en el Colegio fue tenso e incómodo, por la división política que oponía

enconadamente a los alumnos. Por fortuna nunca llegó a extremos lamentables.

Con el desembarco de las fuerzas constitucionales en Quintero, el día 20 de agosto, llegó a su término esta situación tensa y angustiosa, pues el intendente de Santiago, don Gregorio Cerda Ossa, dio orden de que se cerraran los establecimientos de educación.

Estas vacaciones duraron un mes, y el 21 de septiembre se abrió nuevamente el Colegio.

El día 6 de noviembre de ese mismo año se ofreció, en el local del Colegio, una gran comida al general Del Canto y a los ex alumnos que tomaron parte en la guerra civil. Asistieron muchos militares, la mayor parte ex alumnos; estuvieron presentes el general Körner y los coroneles Patricio Larraín, Rodolfo Ovalle y Carlos Silva Renard.

Terminó la reunión con un acto literario, en el cual se representó el drama "El duque de Brabante". La función finalizó muy tarde, por lo mucho que se prolongó el banquete.

EL TEATRO

Se ha dicho anteriormente que para la fiesta de la Repartición de Premios se construía, cada año, un Salón de Actos en el costado poniente del patio embaldosado. Muy cómodo y adecuado resultaba este local para la fiesta; pero tenía el grave inconveniente que había que construirlo íntegro para cada ocasión y que su construcción distraía excesivamente del estudio a alumnos y profesores.

No cabía duda, pues, que el Colegio necesitaba un Salón de Actos digno de su calidad y categoría.

El día 20 de enero de 1892 el provincial, padre Augusto Jamet, y el nuevo rector del Colegio, padre Frezal Rigal, tomaron la histórica decisión de construirlo.

Mucho se discutió sobre la ubicación del nuevo edificio. Algunos decían que debía estar en la Alameda; otros, que en el centro del establecimiento; otros, en fin, que al fondo y al término de todos los edificios. Esta fue la opinión que triunfó.

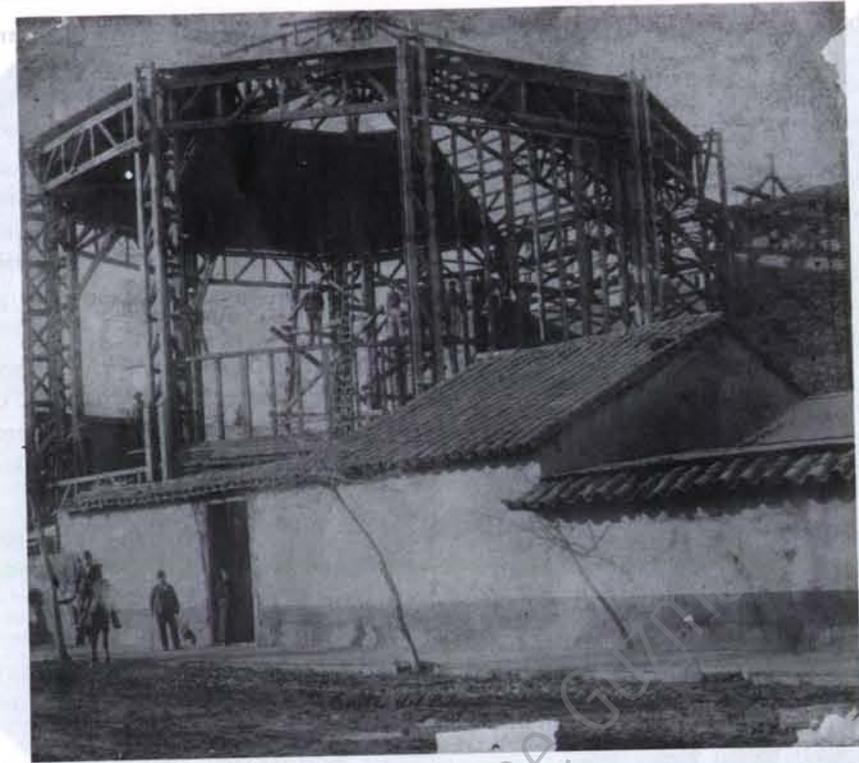
La nueva construcción iba a ocupar el local donde estaba "La Gimnástica" ("El Gimna-

sio", como decimos hoy), a continuación de los dormitorios del Colegio. Su fachada miraría a la Avenida del Campo de Marte, por donde entrarían los invitados, sin necesidad de pasar por el Colegio.

Faltaba, finalmente, encontrar al arquitecto que diera forma a lo que era sólo un vago proyecto. La designación recayó en el destacado profesional don Eugenio Joannon, quien tomó a su cargo la confección de los planos y la vigilancia para su adecuada ejecución. El contratista de la obra fue don José Pérez, quien se comprometió a entregarla terminada, por la suma de \$ 63.000.

Pocos días después las faenas estaban en plena actividad. En la mañana del 12 de abril se levantó el primer tijeral del edificio, el que en la tarde se vino al suelo con gran estruendo, por estar mal amarrado. Afortunadamente no se registró ninguna desgracia, a pesar de que había obreros en las vigas y debajo de ellas.

Los trabajos iniciados a comienzos de 1892 estaban llegando a su término en agosto de 1893. Pero, en realidad, lo que se tenía ante los



Construcción del teatro.

ojos era mucho más que un Salón de Actos, era un verdadero y magnífico teatro, el tercero que se hubiera construido en la ciudad de Santiago, pues más antiguos eran el teatro Municipal y el Politeama; pero como edificio y comodidad era el segundo, sólo superado por el Municipal.

Su interior era un vasto y espacioso recinto circular que podía, fácilmente, dar cabida a mil espectadores.

Tenía dos palcos adjuntos a los extremos del proscenio, reservados para el Clero y la Academia, respectivamente.

El palco reservado a las autoridades oficiales estaba ubicado en el extremo opuesto al proscenio, sobre la entrada principal del teatro.

La parte central del recinto —destinada a los alumnos— iba descendiendo suavemente hasta juntarse con las graderías circulares que hacían las veces, en esta sala, de los palcos que existían generalmente en los teatros de la época.

La ornamentación del interior era muy so-

bria y elegante. En los medallones que había en la bóveda se destacaban los rostros de los artistas y sabios católicos del siglo XIX, como Manning, Balmes, Gounod, Pasteur y Cantú.

En la muralla que quedaba a espaldas del palco de honor se veía una gran pintura artística que representaba a Nuestro Señor Jesucristo diciendo a los Apóstoles: "Dejad que los niños vengan a Mí".

El proscenio era amplio y muy adecuado para representaciones escolares, en las que los actores son siempre muy numerosos.

FECHA HISTORICA

Aunque no estaba totalmente terminado, el magnífico Salón de Actos —"el Teatro"— se inauguró solemnemente el domingo 20 de agosto de 1893.

El arzobispo de Santiago, monseñor Mariano Casanova, lo pidió para esa fecha, día de San Joaquín, para celebrar al Papa que gobernaba a la Iglesia, León XIII, cuyo nombre era Joaquín Pecci.

Se celebraban ese año, en todo el mundo, los 50 años de episcopado del Sumo Pontífice, consagrado obispo el año 1843.

Los católicos de Santiago se adhieron a estas celebraciones con la grandiosa asamblea que se efectuó ese día con la cual se inauguró el magnífico Salón de Actos de los Padres Franceses.

Las murallas del proscenio se cubrieron de cortinas y decoraciones y toda la platea como el escenario se llenaron de sillas.

Como a la 1.30 P.M. principió el acto, presidido por el arzobispo don Mariano Casanova, junto al cual estaban los obispos Larraín Gandarillas, Labarca, Fontecilla, Montes, Pozo y el obispo electo, monseñor Cáster.

El público asistente lo formaba lo más selecto de la sociedad de Santiago; estaban allí presentes ministros de Estado, senadores, diputados, regidores, jefes del Ejército y los miembros más distinguidos del clero y de las órdenes religiosas.

La concurrencia no bajaba de 3.000 personas, pues el salón estaba totalmente lleno.

El espectáculo y el homenaje tributado al Sumo Pontífice fueron realmente grandiosos e impresionantes, por la calidad y el número de personas que tomaron parte en él.

Dirigieron la palabra al público oradores tan destacados como los señores Deputrón, Gumucio, Walker Martínez (don Carlos), Rafael Egaña, Concha Castillo y José R. Gutiérrez.

Los trozos musicales estuvieron a cargo de un escogido coro de señoritas.

Cerró este solemne acto el Arzobispo, quien, desde la tribuna de honor, pronunció un elocuente discurso en el cual desarrolló el tema encerrado en las palabras siguientes: "¡Gloria a Dios y a su Vicario en la tierra!"

Dieciocho días más tarde, el jueves 7 de septiembre, se usó el teatro por segunda vez, para celebrar la fiesta del Padre Rector.

Por la noche se procedió a la solemne distribución de premios del año anterior, acto que terminó con la representación del drama "El Coero de Lyon".

La concurrencia a esta velada fue muy nume-



Interior del teatro. Al fondo se aprecia el Palco de Honor.

rosa y todos pudieron apreciar la acústica privilegiada que tenía el nuevo salón.

El sábado 16 de diciembre se efectuó la Distribución de Premios de ese año 1893. Al término de esta ceremonia se representó la alegoría melodramática titulada "Navidad".

Una semana después, el sábado 23 de diciembre, se dio para el público una magnífica función en el ya célebre Salón de Actos. Esta función fue preparada por los miembros de la Academia Literaria de los SS.CC., quienes, en su mayor parte, eran ex alumnos del Colegio.

Hubo discursos y trozos musicales ejecutados por los académicos; pero el número sensacional que cautivó al público y le arrancó interminables y entusiastas aplausos fue la representación del drama "Fontainebleau", obra en verso del destacado ex alumno don Luis Goycolea Walton.

En esta obra se describe en forma muy viva la contienda entre el emperador Napoleón I y su prisionero el papa Pío VII.

Se destacó extraordinariamente por su actuación el señor Enrique Medina, quien hizo el papel de Napoleón.

BODAS DE ORO

La otra fiesta memorable que se efectuó en el teatro, en el siglo pasado, fue la celebración del 50º aniversario de la fundación del Colegio.

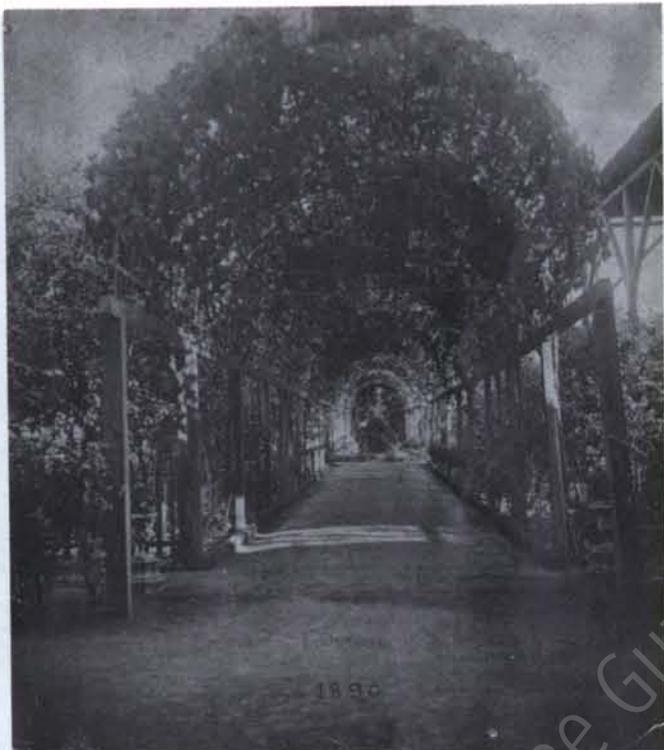
Se celebró este aniversario el día viernes 15 de septiembre de 1899.

Los religiosos de la comunidad habían pensado en una celebración que se podría calificar como modesta; pero el comité de festejos, formado por un elevado número de ex alumnos, rompió los estrechos límites calculados por sus profesores, y con la fuerza de su entusiasmo incontenible los llevó hasta distancias nunca soñadas.

Encabezaba la lista del nutrido comité don Manuel Sánchez Fresno, a quien, por derecho propio, le correspondía, pues fue el primer alumno matriculado en el primer año de existencia del Colegio, el año 1849. Lo seguían, entre muchos otros, dos ministros de Estado, tres senadores, cuatro diputados, dos regidores de la Municipalidad, el coronel don Luis Altamira-



Vista interior del teatro.



El parrón en esos años.

no y tres distinguidos eclesiásticos: don Luis Espínola, don Carlos Silva y don Samuel Silva.

Idea y obra de tan selecto comité fue la acuñación de una medalla conmemorativa de la fiesta, la que fue distribuida a la numerosa concurrencia que invadió, esa tarde del 15 de septiembre, el recinto del teatro.

Otro tanto se hizo con el folleto de 174 páginas en el que aparecen, junto con los discursos pronunciados en esa velada memorable, el "Himno triunfal a los Sagrados Corazones" y la parábola lírica-dramática "La vuelta del pródigo", obras ambas de la inspiración cristiana y clásica del ex alumno y constante amigo de la Congregación, don Francisco Antonio Concha Castillo.

ESFUERZOS Y ANGUSTIAS IGNORADOS

En la preparación de esta jornada no escatimaron ni tiempo, ni esfuerzos el Superior, Padre Antonio Castro, los padres Pablo Drinot y Vicente Monge, y todos los miembros de la comunidad religiosa. Es preciso reconocer que recibie-

ron una recompensa sobreabundante, pues la fiesta alcanzó una categoría muy superior a todo lo que se podía esperar.

Pero recordemos que no hay empresa sin contratiempos, y en esta se presentó uno gravísimo.

El jueves 14, víspera de la fiesta, el segundo en importancia de los miembros del coro se fracturó un brazo, y el primero, que tenía a su cargo el "solo" en el himno a los Sagrados Corazones, se vio afectado por una afonía total que le obligó a guardar cama. Era el derrumbe, la desaparición de la última y más importante parte del programa: el cuadro alegórico que había exigido tanto tiempo y trabajo.

A las 10 de la noche de ese jueves llegó, desde Valparaíso, el padre Cosme Löhr, quien sugirió la idea de traer a un alumno del colegio de Valparaíso, que cautivaba con su voz prodigiosa a todos los fieles, cada vez que cantaba en la iglesia de los SS.CC. del Puerto. El, y sólo él, podía ser la solución de esa situación gravísima.

Pero había que traerlo desde Valparaíso y en el tren que partía desde esa ciudad a las 8 de

la mañana del día siguiente. Ya eran las 11 de la noche del jueves.

A las 4 de la mañana del día de la fiesta se habló por teléfono a Valparaíso. El padre Mateo Crawley se lanzó a buscar al alumno de voz prodigiosa; lo encontró y alcanzaron —en el momento mismo en que partía— a tomar el tren que los dejó en Santiago poco después de mediodía.

Bastaron dos ensayos para que Félix García Muñoz —éste era el nombre del "salvador" de la jornada— aprendiera su parte y la cantara esa tarde en forma nunca oída.

VIERNES 15 DE SEPTIEMBRE DE 1899

Los actos de celebración de las Bodas de Oro del Colegio comenzaron ese día a las 9 de la mañana. A esa hora se había reunido en la capilla un gran número de ex alumnos para asistir a la solemne Misa cantada, que fue oficiada por don Ruperto Marchant, asistido por los ex alumnos sacerdotes don Agustín Jara, don Samuel Silva de la Fuente y don Carlos Silva, en calidad de diácono, subdiácono y maestro de ceremonias, respectivamente.

El coro de los alumnos del Colegio, acompañado por la orquesta formada por ex alumnos,

interpretó con mucha maestría y sentimiento la "Misa de la Santa Infancia", de monseñor Cagliero.

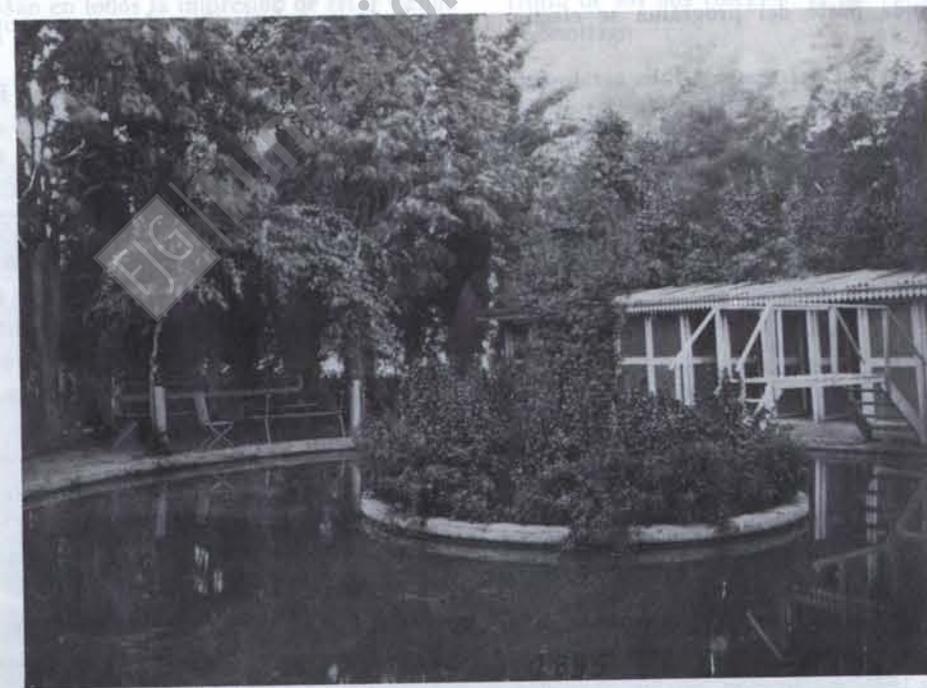
Después del Evangelio subió al púlpito otro ex alumno, don José Luis Espínola Cobo, quien en un discurso que le brotaba del alma, celebró el feliz aniversario de la fundación del Colegio y trajo a la memoria los orígenes de la Congregación en Francia y su llegada a Chile, donde había prestado y seguía prestando servicios tan señalados en la formación religiosa.

También tuvieron palabras de recuerdo para los superiores del Colegio, los padres Marino Hervieu y Augusto Jamet, cuya prudencia y sabiduría imprimieron al Colegio el impulso de progreso que, en forma tan digna de admiración, habían continuado sus dignos sucesores.

Terminada la Misa, los ex alumnos se dirigieron a los patios, donde tuvieron lugar los gratos encuentros y saludos entre los discípulos que no se habían vuelto a ver desde largos años.

También estaban presentes los profesores, entre los cuales había unos pocos sobrevivientes de la época antigua.

Entre los profesores nuevos está el padre Antonio Castro, rector en esos días del Colegio,



Piscina.



Sacerdotes en el fondo de "Los Perales".

bajo cuya enérgica dirección éste seguía avanzando por la senda del progreso.

Todos lamentan que no se encuentre ahí, en esos días, el padre Augusto Jamet, pero todos se alegran con la feliz noticia de su próximo y definitivo regreso a Chile.

La segunda parte del programa se efectuó en la tarde.

El vasto recinto del teatro estaba totalmente lleno. Los asistentes ostentaban en la solapa la medalla conmemorativa que los ex alumnos les han ido distribuyendo a la entrada del teatro.

Presidió el acto el ministro del Interior, a quien acompañan todos sus colegas, entre los cuales hay tres ex alumnos: los señores Herboso, Salinas y Errázuriz Urmeneta. Junto a ellos está el Cuerpo Diplomático y las más altas autoridades de la provincia y la ciudad.

Mientras la orquesta inicia los compases de un brillante obertura, se alza el telón, y se puede ver el proscenio magníficamente adornado.

En él se levanta una elegante tribuna, a la que sube el ministro de Relaciones, don Rafael Errázuriz U., quien, en nombre de la Dirección del Colegio y de los ex alumnos, da la bienvenida a la numerosa concurrencia.

Recuerda, a grandes rasgos, la influencia benéfica de la Congregación de los Sagrados Corazones en el orden social, moral y religioso,

y expresa sus más sinceros sentimientos de admiración por Francia, nación que se destaca, entre todas, por sus admirables iniciativas y empresas de servicio y abnegación en favor del prójimo. Sus palabras finales son una felicitación a sus antiguos maestros, por el espléndido resultado que han obtenido en sus cincuenta años de labor.

Toma a continuación la palabra don Enrique Larraín A., quien, en su intervención, anuncia a la concurrencia que la Dirección del Colegio ha decidido fundar el CENTRO SOCIAL DE LOS SAGRADOS CORAZONES.

Explica el objeto de esta asociación e invita a sus discípulos a ingresar en ella.

Habla, a continuación, el ex alumno don Carlos Estévez, subsecretario del Ministerio de Marina, quien desarrolla el tema de la importancia de la enseñanza práctica.

La parte poética del acto estuvo a cargo de don Antonio Espiñeira, quien recitó su oda a la ciencia, titulada "Presea del Alma", y de don Alberto Goycolea W., quien leyó su poesía que lleva por título "Siempre".

Parte importante del programa es la representación de la parábola lírico-dramática en dos cuadros: "La vuelta del pródigo".

Esta obra ha sido escrita especialmente para

la circunstancia por el destacado poeta don Francisco A. Concha C.

Entre los siete actores que trabajaron en esa representación estaba el alumno de VI año de Humanidades, Estanislao Symon Lorca, el tan querido y recordado padre Damián, quien falleció, en 1963, en su Colegio de la Alameda.

Acallados los prolongados y calurosos aplausos tan justamente ganados por el autor y los intérpretes de la obra, tomó la palabra el padre Antonio Castro, rector del Colegio, quien en emocionadas frases agradeció a las autoridades y a todos los presentes las numerosas muestras de sincera amistad que la Congregación recibía de ellos.

El cuadro final fue una apoteosis de los Sagrados Corazones, preparado por la actividad incansable y el talento del padre Pablo Drinot, quien lo ideó y lo dispuso hasta en sus más mínimos detalles.

La escena representa un cielo sembrado de nubes blancas en cuyo fondo resplandecen los rayos de un sol que gira. En el foco de los rayos se destaca el escudo de los Sagrados Corazones iluminado por luces de variados colores. Debajo del sol aparece una muchedumbre de ángeles, escalonados con tan prodigiosa armonía, que causan en todos la impresión de estar viendo un coro celestial. En medio del conjunto se des-

tacan, de pie sobre un elevado trono, dos ángeles: uno sostiene los atributos de la Religión y el otro los de la Ciencia. La maravillosa combinación de luces y colores da al espectáculo el carácter de una visión extraterrenal. Tan pronto como el telón se ha alzado, los coros angélicos entonan el "Himno triunfal a los Sagrados Corazones", cuya letra es de don Francisco Concha y la música del profesor don Marcelino Elías.

El espectáculo es tan alucinante y arrebatador, que cuando cae el telón y se vuelve a la realidad brota de todos los presentes un solo grito atronador: "VIVAN LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESUS Y DE MARIA".

A la salida del teatro se distribuyó profusamente el elegante folleto del que ya se habló más arriba.

En él aparecen los discursos y poesías de esa velada; la lista, por orden alfabético de todos los 3.600 alumnos que el Colegio ha tenido en sus 50 años de existencia; la parábola dramática "La vuelta del pródigo" y el "Himno triunfal de los Sagrados Corazones". En las últimas páginas aparece el proyecto del Centro Social, y una excelente reseña histórica sobre la Congregación, escrita por don José Luis Espínola, quien relata su fundación, la llegada de los padres a Chile, los modestos comienzos y el desarrollo de los dos colegios: el de Valparaíso y el de Santiago.



Vista interior de los patios.

UN DOCUMENTO Y UN RECUERDO HISTORICO

A continuación se transcribe una parte de la letra del "Himno triunfal a los Sagrados Corazones".

CORO INICIAL *¡Hosanna a María! vivifica aurora
que anuncia a las almas dormidas un sol,
¡Jesús aparece! Surgid, que ya dora
las nieblas del mundo, celeste arbol.*

*Jesús, a ti eleva su místico vuelo
el ángel vestido de eterno esplendor;
Tú infundes la santa nostalgia de cielo
a el alma proscrita, que muere de amor.*

VOZ PRIMERA *Sobre los mundos
se alza triunfante,
Jesús divino,
tu humanidad;
brilla en los tiempos
tu luz radiante
que alumbraba y llena
la eternidad.*

CORO INTERMEDIO *Jesús, Rey del mundo,
tu soplo fecundo
enciende en el hombre fulgor celestial;
restaura la vida
del alma caída
y espéjese en ella tu Ser inmortal.*

VOZ SEGUNDA *Zarza de fuego,
vergel cerrado
con las espigas
de tu pasión;
astro de amores
nunca eclipsado,
eso es ¡Oh Cristo!
tu Corazón.*

(Siguen a continuación cinco estrofas más, hasta completar siete. Termina el himno con dos estrofas que canta el coro.)

CORO FINAL *Corazón de Jesús, sol radiante
que del cielo los ámbitos dora,
ilumina con blancas auroras
nuestras almas, que enluta el dolor.*

*En ti alumbraba sus gracias María;
en ti enciende el querube su anhelo;
Tú, la santa nostalgia del Cielo
das al alma que muere de amor.*

A propósito de este himno, vale la pena anotar aquí que fue cantado por última vez 35 años después de su estreno.

Ocurrió esto en la grandiosa ceremonia que se celebró el Día del Sagrado Corazón de Jesús, viernes 8 de junio de 1934, en la iglesia de los SS.CC. de Valparaíso.

Celebrábase ese año el centenario de la llegada a Valparaíso de los primeros religiosos de la Congregación.

En la solemnisima procesión del Santísimo Sacramento que se efectuó en la tarde del 8 de junio de 1934, en el templo de los SS.CC., se cantó por un numeroso coro de niños y hombres, con acompañamiento de órgano y orquesta, el mismo himno que se cantó en 1899, en el teatro de Santiago.

EL PADRE ANTONIO

Hemos visto que el Colegio de los SS.CC. había contado con dos hombres excepcionales: el padre Marino Hervieu y el padre Augusto Jamet, quien dejó el cargo de rector el año 1881.



Dormitorio de los alumnos.

Pasaron siete años, y en 1888 llegó a Santiago un religioso chileno muy joven, como que todavía no cumplía los 21 años, y que tendría que aguardar hasta el año 1890 para recibir el orden sacerdotal.

Este religioso era el padre Antonio Castro, quien desde el comienzo de su carrera se destacó por sus dotes de jefe y organizador.

En 1891, esto es, antes de cumplir 24 años de edad, fue nombrado Ministro del Colegio, y en 1896 inició su rectorado, que se iba a prolongar hasta fines de 1903.

Rigió, pues, los destinos del Colegio por espacio de trece años, en los cuales consolidó y acrecentó el bien ganado prestigio del establecimiento que figuraba desde antiguo entre los de primera categoría de Santiago.

ALGUNOS INTERNOS NO DURMIERON

¿Cuándo? . . . ¿Por qué? Van a saberlo.

Cuando en la mañana del miércoles 14 de mayo de 1834 los primeros religiosos de los Sagrados Corazones desembarcaron en Valparaíso.

so —donde la gente los bautizó con el nombre de “Padres Franceses”— estos religiosos vestían hábito blanco, con escapulario del mismo color, en el cual —en colores— aparecía el escudo de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

Este hábito se siguió usando durante 9 años, hasta el viernes 20 de octubre de 1843. Al día siguiente, sábado 21, aparecieron vistiendo hábito negro.

Cuando en 1849 se establecieron en Santiago, llegaron vistiendo hábito negro.

El Capítulo General de la Congregación de 1893 dispuso que se usara nuevamente hábito blanco.

Las autoridades de la Congregación en Chile determinaron que se volvería a usar el hábito blanco desde el día del Sagrado Corazón de Jesús de 1895, fiesta que se año cayó el 21 de junio.

Los alumnos del Colegio sentían gran curiosidad por conocer el nuevo hábito, y en algunos de ellos llegó hasta tal extremo que no pegaron los ojos en toda la noche, y a las 5 de la mañana

—hora en que todos los padres estaban en pie— del viernes 21 de junio, pudieron contemplar extasiados los hermosos hábitos blancos de sus profesores.

1899

Es una fecha importantísima en la historia del Colegio, pues en ese año creció en medida considerable el terreno que hasta ese momento había ocupado.

Ya se dijo hace muchas páginas atrás, que la calle de “los Carrera” —como la llamaban— llegaba, por el norte, sólo hasta la calle Sazié. Por el año 1898 la Municipalidad dividió el terreno inmenso que se extendía sin interrupción desde la calle Campo de Marte hasta la de Vergara, y la calle Carrera llegó hasta la Alameda de las Delicias.

En ausencia del padre Augusto Jamet gobernaba la Provincia el Viceprovincial, padre Cosme Löhr; rector del Colegio era el padre Antonio Castro.

Ambos vieron que se presentaba la ocasión

única de ampliar en medida considerable la extensión y capacidad del Colegio, y aceptaron gravarse con una onerosa deuda para poder comprar el extenso terreno que mediaba entre el Colegio y la calle “de los Carrera”.

Medía este terreno 206,35 mts. de largo en la sección que quedaba junto a la calle “de los Carrera”; en la sección que quedaba junto al Colegio medía sólo 193,90 mts. de largo.

No llegaba, pues, este nuevo terreno hasta la Alameda de las Delicias, ya que junto a ésta existían dos propiedades con distintos dueños, las que medían 53,50 y 65,95 mts. de fondo, respectivamente.

El terreno tenía 40 mts. de ancho, y por el sur limitaba con varias propiedades que lo dejaban a unos 30 mts. de la calle Sazié.

Dueña de este terreno era la señora María Soledad Vergara viuda de Garín, quien lo vendió a la Congregación de los SS.CC. por la suma de 81.925,30 pesos, el día 14 de octubre de 1899.

Las dos propiedades que estaban junto a la Alameda ocupaban prácticamente todo el terreno que hoy día se extiende entre la capilla y la calle Carrera. Pasaron a formar parte del Colegio en 1911 y 1915, respectivamente.

EL EDIFICIO NUEVO

Dos años después de adquirido el terreno, en el curso del mes de octubre de 1901, se inició la construcción del edificio que, con razón, en esa época fue llamado “nuevo”, sobre todo si se lo comparaba con el edificio tan bajo y de adobes de la calle Campo de Marte.

El arquitecto que diseñó la nueva construcción fue don Eugenio Joannon, el mismo destacado profesional que 10 años antes, en 1892, había construido el teatro del Colegio.

La obra quedó terminada en el mes de junio de 1902, y fue inaugurado y bendecido por el arzobispo de Santiago, don Mariano Casanova, el día 18 de ese mes.

El edificio, para la época, era colosal, pues medía 115 mts. de largo por 9 de ancho. Tenía 2 pisos y para formarse una idea de su altura bastaría con levantar el piso del corredor que pasa por la puerta de la biblioteca de los alumnos, hasta dejarlo al nivel del suelo de dicha sala.

Las murallas eran de cal y ladrillo y son las mismas que hasta hoy día existen.

Al llegar este edificio a lo que se llamaba “La Quinta”, torcía hacia el poniente hasta juntarse con el edificio antiguo en el costado



Cuerpo de Brigadieres.



Biblioteca de los sacerdotes.

sur del actual patio pavimentado. En este punto era en donde se notaba más claramente la diferencia de edad y de estatura entre ambos edificios. Tanto era así, que el piso del edificio nuevo coincidía con el techo del 2° piso del edificio antiguo.

En el primer piso del edificio de la calle Carrera quedaron ubicados, en el centro, dos inmensos estudios con capacidad para 200 alumnos cada uno y, en los extremos, 9 salas de clases.

El segundo piso fue destinado, por completo, a dos inmensos dormitorios, de más de 50 mts. de largo cada uno.

Los baños de ducha quedaron ubicados entre los dormitorios y eran temibles sobre toda ponderación, porque las rosetas bajo los cuales había que pasar lanzaban el líquido elemento con tal fuerza que era metafísicamente imposible evitar el zarpazo implacable y feroz del agua. Con razón, pues, establecía el reglamento que, después de la ducha, los alumnos debían reposar en cama por espacio de cinco minutos.

El corredor del 2° piso y el techo, a diferencia

de los actuales, eran de madera y estaban sustentados por pilares del mismo material, los que estaban unidos entre sí por medio de arcos. A cada arco del primer piso correspondían dos arcos bajo el techo del segundo piso, los que se apoyaban en una columna intermedia.

Otra diferencia con el corredor actual del 2° piso es que el antiguo tenía acceso no sólo por los extremos sino también por su parte central, en el lugar donde hoy se levanta el pequeño muro que divide el patio de tierra del patio pavimentado.

Existía en este punto una escala de madera que descendía en dos tramos, con un descanso intermedio y con numerosos peldaños cada tramo.

A diferencia del corredor (que estaba — y está — a la intemperie), la escalera estaba rodeada y defendida por tabiques de madera que tenían vidrios en el segundo piso.

EL OBSERVATORIO ASTRONÓMICO

Algo muy valioso que sobresalía del techo del 2° piso, en el extremo sur de la nueva construc-



Equipo de fútbol, que jugó durante la visita del Presidente compuesto por, arriba: Rodolfo Jaramillo, Pedro Letelier y Otto Krefft. Al medio: Miguel Eyquem, Cornejo y Ramón Vásquez. Abajo: Vicente González, Larraín, Podelá, José A. Pérez y Enrique Larraín.

ción, y de lo cual sólo quedan recuerdos y algunas fotografías, era la torre circular del Observatorio Astronómico, que contaba con un poderoso antejo.

Había estado instalado este observatorio de cúpula giratoria durante diez años, por lo menos, en el convento que la Congregación tenía en Los Perales, de Marga-Marga. En los primeros años del presente siglo fue trasladado al edificio nuevo del colegio de Santiago.

Este desmán se perpetró a pesar de las airadas protestas y los sombríos vaticinios pronunciados por el padre Sebastián Soléry, hombre de vastos y profundos conocimientos matemáticos que residía en Los Perales, y que fue el arquitecto y director de obras de la capilla de ese convento, la que se inauguró solemnemente el 18 de septiembre de 1900, en presencia — nada menos — del presidente de la República, don Federico Errázuriz Echaurren.

Para terminar con el observatorio astronómico sólo falta decir que quedó ubicado en la parte más alta de la esquina que formaba el edificio nuevo, donde hasta hoy existe el amplio portón de fierro por el cual se sale de "la Quinta" a la calle Carrera. Por desgracia, los sombríos vaticinios del padre Sebastián se cumplieron, pero... cada desgracia a su tiempo.

VISITA PRESIDENCIAL

El presidente don Federico Errázuriz E. falleció en Valparaíso el 12 de julio de 1901. El día 25 de julio fue designado su sucesor, que fue don Germán Riesco Errázuriz.

Poco más de un mes había pasado desde esta fecha, cuando vino a visitar el Colegio de los SS.CC.

La visita se efectuó el día 2 de septiembre de dicho año. A las 10 de la mañana de ese día llegó al Colegio acompañado por don Manuel Barros Borgoño, rector de la Universidad de Chile.

Después de recorrer la capilla, la sala de la Academia, las salas de clases y 2 comedores, los ilustres visitantes hicieron su entrada al teatro, donde los aguardaban los 360 alumnos del Colegio. Fueron recibidos con los acordes de una marcha triunfal que ejecutó la orquesta del establecimiento. A continuación fue saludado por el alumno de VI Año de Humanidades, Jorge Silva, quien agradeció al Presidente la señalada muestra de aprecio que daba a la Congregación y al Colegio, y formuló votos por el progreso de la enseñanza y el engrandecimiento de Chile.

En nombre de sus iguales habló a continua-



En la parte superior se aprecia "El Observatorio".

ción uno de los alumnos más pequeños del Colegio, Pedro Salinas Fuenzalida, quien dirigió al Presidente un gentil saludo en francés. La última parte de la manifestación consistió en ejercicios de gimnasia y en trozos de música ejecutados a la perfección, unos por la orquesta y otros por el coro del establecimiento.

Después de retirarse del teatro el Presidente aceptó presidir un partido de fútbol, disputado por alumnos del Thunder Club y los que formaban otro equipo cuyo nombre no se consigna.

Acompañados por el rector del Colegio, P. Antonio Castro, el Presidente y el rector de la Universidad se encaminaron, en seguida, al terreno donde, dentro de un mes, se iba a iniciar la construcción del edificio nuevo (el de la calle Carrera), después de lo cual se despidieron muy complacidos por el orden, la disciplina y los modernos elementos de enseñanza que había en el Colegio.

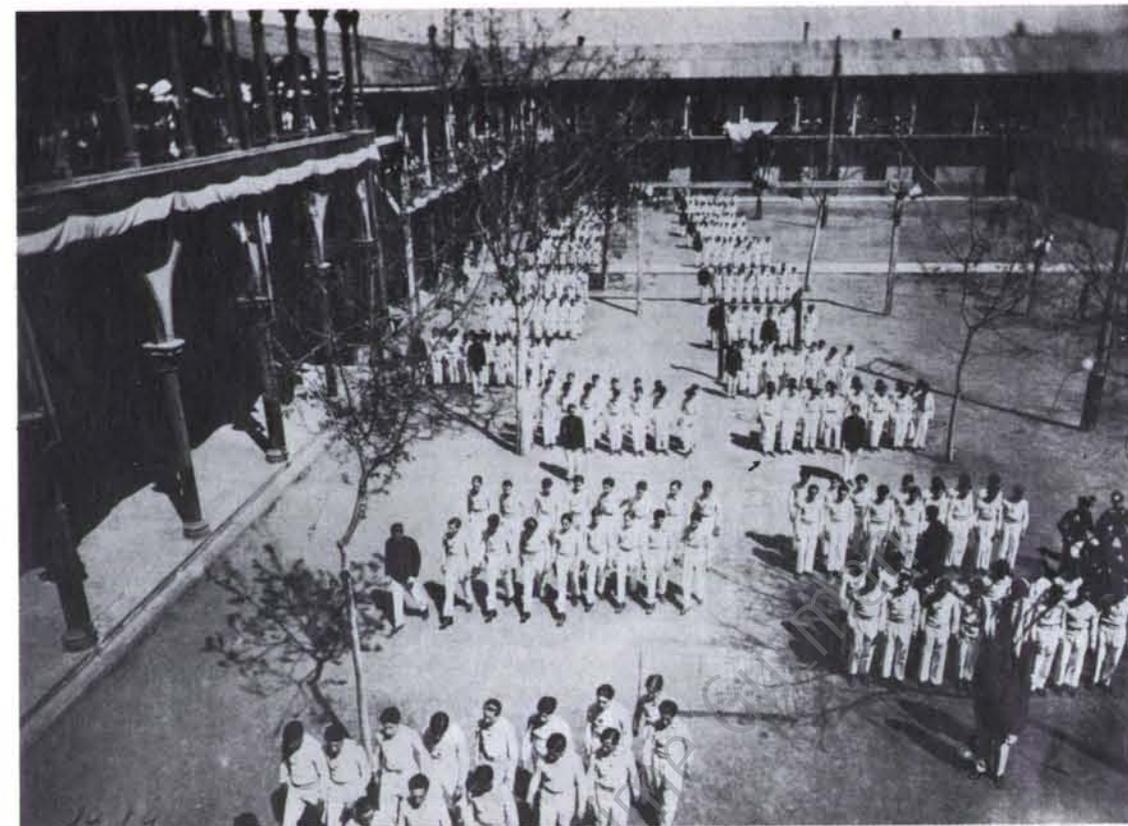
A propósito de fútbol, no puede dejar de mencionarse en este lugar, la fotografía histórica en que aparece el equipo de fútbol del Colegio en el año 1902.

REVISTA DE GIMNASIA

Una iniciativa que se debió al padre Antonio y que, en alguna forma, ha continuado hasta nuestros días, fue la Revista anual de Gimnasia. Fue ésta una adaptación de las formaciones y ejercicios físicos propios de las Fuerzas Armadas y era, como la palabra "Revista" lo dice, un examen que daban los alumnos del grado de formación física que habían alcanzado después de un año de adiestramiento en ejercicios y formaciones. A esto se debe que este ramo de la formación escolar estuviera siempre a cargo de un oficial del Ejército.

Ya en el mes de noviembre de 1901 los alumnos del Colegio presentaron una Revista de Gimnasia militar, preparada por el teniente don Pedro García Huidobro, ex alumno del Colegio. Pero esta Revista fue sólo como un ensayo privado, porque a ella fueron invitados y asistieron sólo los padres y familiares de los alumnos.

En vista del espléndido resultado de esta presentación se continuó por muchos años con



Presentación de gimnasia.

ella, pero hay que advertir que en el colegio de Santiago fue, durante bastante tiempo, un acto distinto de la Distribución de Premios, la que continuó efectuándose en el teatro al término del año escolar.

Ese mismo año 1901 la Distribución de Premios se llevó a efecto en el teatro, en la tarde del 22 de noviembre, y fue presidida por el presidente de la República, don Germán Riesco, quien, terminado el acto, se trasladó con las autoridades asistentes al comedor principal, donde se sirvieron refrescos.

Allí departió con los padres de los alumnos y los religiosos; hubo brindis y discursos, mientras una banda militar amenizaba la reunión. Esta terminó a las 11 de la noche, hora en que el Presidente se retiró del Colegio, mientras la banda militar tocaba la Canción Nacional.

La Revista de Gimnasia que sirvió de modelo a todas las que tras ella vinieron y que, por eso, puede mirarse como "la primera", fue la que

se llevó a efecto a las 9 de la mañana del viernes 23 de octubre de 1903.

Fue presidida por el delegado apostólico, monseñor Pietro Monti, junto al cual tomaron colocación el ministro de Relaciones Exteriores, el general Ortúzar, el padre Antonio Castro, rector del Colegio, y un crecido número de eclesiásticos y de altas personalidades políticas y sociales. El estrado que ocupaban estas autoridades estaba ubicado en el corredor del costado de la calle Carrera del patio hoy embaldosado y que en aquella época era de tierra.

El batallón escolar formado por 400 alumnos, divididos en cinco compañías, aguardaba en "la Quinta". El uniforme se componía de un jersey blanco cerrado, pantalón largo del mismo color y zapatos negros.

Los brigadieres y sub-brigadieres, que sumaban treinta, se distinguían del resto porque, en vez del jersey, vestían una guerrera azul con botones dorados. Los cinco brigadieres que eran, respectivamente, los jefes de las cinco com-



Revista de gimnasia.

pañías, llevaban, además, terciada una banda azul.

A la cabeza del batallón y delante del pabellón nacional se encontraban las bandas de guerra e instrumental del Regimiento Yungay.

A las 9 en punto el teniente García Huidobro dejó oír, segura e imperiosa, la voz: "de frente... marr", y la banda rompió a tocar los compases de una marcha, y el batallón escolar hizo su aparición por el costado sur del patio, giró hacia la calle Carrera, desfiló delante de las autoridades y torció en dirección a la calle Campo de Marte.

Los corredores del 2º piso, tanto del edificio antiguo como del nuevo, estaban totalmente ocupados por las familias de los alumnos.

Entre los números del programa había ejercicios musculares, barra fija, caballete y evoluciones, tanto por compañías sueltas como por compañías en conjunto, encabezadas por la banda militar.

En el periódico *El Ferrocarril* se leía al día siguiente: "Nos imaginábamos que estábamos viendo evolucionar a soldados veteranos".

En el diario *El Mercurio* aparecía lo siguiente: "La espléndida revista de este día no es sólo un motivo de legítimo orgullo para el teniente Huidobro; es también prueba evidente del excelente pie en que se encuentra el Colegio de los Sagrados Corazones; ella muestra que, lejos de limitarse al desarrollo intelectual y moral de los alumnos, los directores de este establecimiento se dan cuenta claramente del grado de importancia que hay que dar también al

desarrollo físico de los niños que les han sido confiados".

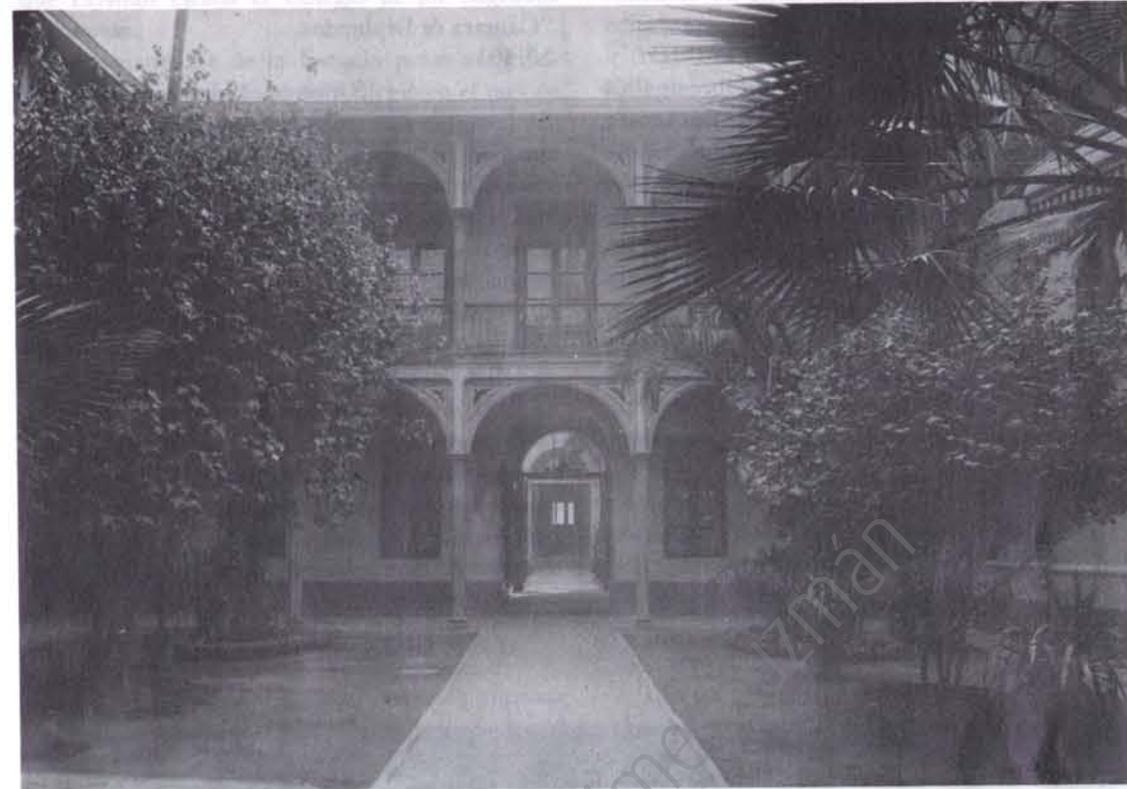
Cuando el público se hubo retirado, los alumnos ofrecieron un magnífico ágape a su inteligente y abnegado instructor, teniente don Pedro García Huidobro. Para expresar su agradecimiento al P. Antonio, rector del Colegio, los alumnos ofrecieron, esa tarde, en honor suyo, un espléndido acto literario, cuya parte principal fue la representación de la comedia en cuatro actos: "Un Dieciocho en Santiago".

Tan buen éxito tuvo la revista de 1903 y tanto se habló en Santiago de lo que en esos años era una novedad, que en la revista del año 1904 —que se efectuó en los primeros días de noviembre— estuvo presente el general don Emilio Körner, comandante en jefe del Ejército de Chile, quien aceptó gustoso la invitación personal que se le envió. Lo acompañaron el general Ortúzar y varios oficiales de alta graduación, quienes, al término del acto, afirmaron que "los soldados del Ejército no lo habrían hecho mejor."

En esa ocasión se presentó algo totalmente nuevo: Por primera vez se vio un caballo corriendo dentro del establecimiento, al compás de las dos mejores bandas de la guarnición. Los ejercicios ejecutados sobre el caballo en marcha fueron el número sensacional de aquella brillante jornada. Los generales Körner y Ortúzar aceptaron gustosos la invitación a comer con la comunidad religiosa. Al término de la comida las bandas militares ejecutaron un magnífico concierto musical.



Formación final de la Revista de Gimnasia.



Al fondo antigua puerta de entrada.

EL PARLAMENTO EN EL COLEGIO

A las 7.55 P.M. del jueves 16 de agosto de 1906 se produjo un fortísimo terremoto que afectó principalmente a la provincia de Valparaíso y también, aunque en menor grado, a las provincias del norte y del sur. Aunque en Santiago fue de menor intensidad, causó, sin embargo, daños de consideración en varios edificios, entre ellos, en el edificio del Congreso Nacional.

Como esta catástrofe ocurrió un mes antes de la transmisión del mando de la República, que debía efectuarse el día 18 del mes de septiembre, faltaban todavía los trámites parlamentarios necesarios para proclamar al nuevo presidente de la República, don Pedro Montt.

Como el salón de actos —"el teatro"— del Colegio no había sufrido ni el más leve deterioro —tan bien construido estaba—, los parlamentarios pusieron sus ojos en él como el local

más digno y adecuado, y pidieron a las autoridades de la Congregación, que eran el provincial, padre Augusto Jamet, y el rector de Santiago, padre Vicente Monge, la autorización para celebrar sus sesiones en él.

La autorización fue, por supuesto, concedida, y el 21 de agosto comenzaron a sesionar en el teatro ambas cámaras en conjunto, para cumplir el precepto constitucional que mandaba que se celebrara una reunión previa, antes de la proclamación oficial de nuevo presidente de la República.

Esta se efectuó el día 30 de agosto, y a ella asistieron todo el cuerpo diplomático y las principales autoridades de la nación.

Oportunamente ambas cámaras hicieron llegar la expresión de su agradecimiento a los religiosos del Colegio, como se puede ver en las siguientes notas que a continuación se transcriben:

“Cámara de Senadores.
Nº 331

Santiago, 19 de Octubre de 1906
A raíz del terremoto ocurrido el 16 de Agosto, la Congregación de los SS.CC. puso a disposición del Congreso el amplio salón de honor de su Colegio. Esta elevada iniciativa de la Congregación ha dado origen a un voto de agradecimiento de parte del Senado en la sesión del 18 del corriente. Al transmitir el voto de la corporación que tengo el honor de presidir, me es muy grato reconocer la gentileza y la benevolencia de vuestra acogida, y os reitero junto con mis agradecimientos la seguridad de mi consideración personal.

T. Carvallo Elizalde
Secretario

Juan Luis Sanfuentes
Presidente

Al R.P. Superior de la Congregación de los Sagrados Corazones.”

“Cámara de Diputados.
Nº 103

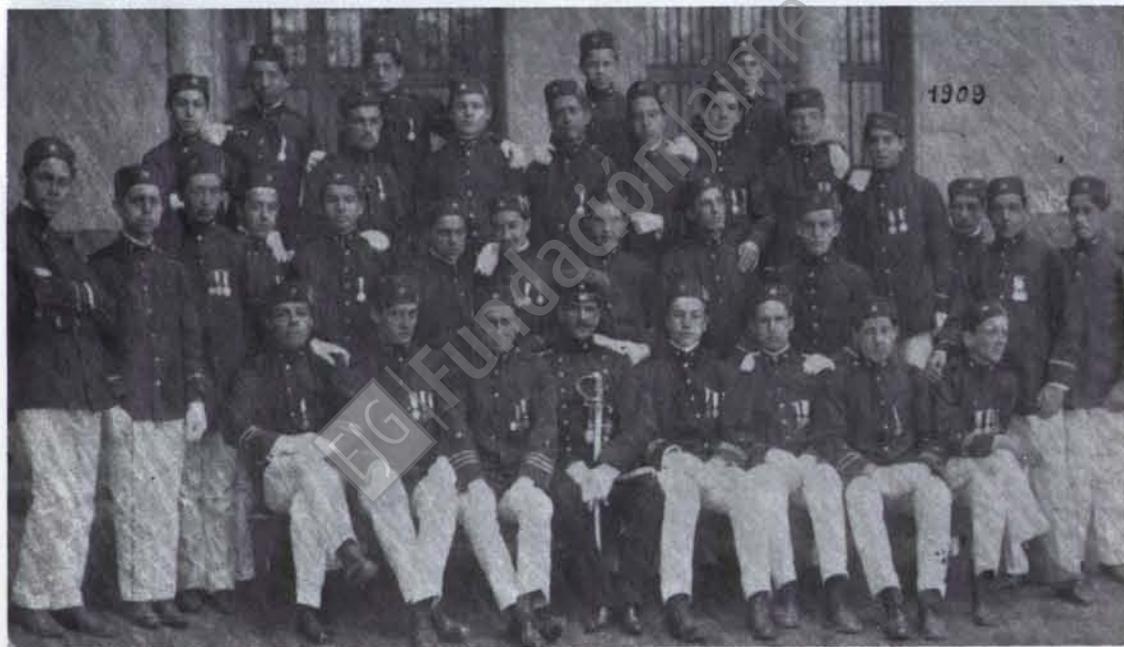
Santiago, 26 de Octubre de 1906
En la sesión del 25 de Octubre, la Cámara de Diputados ha votado que se dirija una comunicación oficial para agradecer a V.R. la gentileza con que la Congregación de los SS.CC. había puesto a disposición de la Cámara el salón de honor del Colegio, mientras se efectuaban en el Palacio del Congreso las reparaciones más urgentes, en los días que siguieron al terremoto del 16 de Agosto.

Para mí, personalmente, es muy grato transmitir este acuerdo de la Cámara y aprovechar la ocasión para renovar la seguridad de mi más alta consideración.

Hernán Prieto Vial
Secretario

Rafael Orrego
Presidente

Al R.P. Superior del Colegio de los SS.CC.”.



Los antiguos brigadieres.

LA ESCUELA MILITAR EN EL COLEGIO

El año 1910 se celebró el Centenario de la Independencia nacional. Para la celebración de este aniversario llegaron a Santiago numerosas delegaciones de todos los países, especialmente de las naciones latinoamericanas.

De la República Argentina vino la Escuela Militar completa, la Escuela Militar chilena le cedió como residencia el local que entonces ocupaba, en la calle Blanco Encalada.

Hubo, pues, que buscar un local apropiado para nuestra Escuela Militar, y entre los pocos

que existían estaba el Colegio de los Sagrados Corazones.

El comandante de la Escuela pidió autorización para ocupar el local del Colegio en el mes de septiembre, lo que sin dificultad obtuvo. Así fue como los padres de los SS.CC. de Santiago tuvieron el honor de alojar en su casa a los 300 cadetes de la Escuela Militar con sus oficiales.

Fueron días de muy grata convivencia aquellos de septiembre de 1910, y el profundo sentimiento patriótico que siempre existió en los profesores y alumnos del Colegio de Santiago, vibró con mayor intensidad aun en aquella ocasión memorable.

Los alumnos del Colegio ofrecieron una brillante sesión literaria el día 23 de septiembre en honor de las escuelas militares de Argentina y de Chile, la que fue muy del agrado de los integrantes de los dos institutos armados.

ILUMINACION DE LA FACHADA

También colaboró el Colegio en el programa de festejos del Centenario, tomando parte en el

concurso de ornamentación de la fachada de los edificios.

Hay que recordar aquí que la fachada del Colegio seguía siendo, en 1910, la misma que se reconstruyó el año 1891. Entre la alta fachada de la capilla, por el oriente, el pabellón de dos pisos de la esquina de Latorre, por el poniente, quedaba el sector de un piso de la portería, en el cual estaba la entrada principal del establecimiento.

Junto a la puerta había cuatro ventanas, dos a cada lado. Sobre la puerta de entrada se montó la ornamentación luminosa que llamó la atención del jurado encargado de discernir los premios. El adorno consistía en un escudo de los Sagrados Corazones, de grandes dimensiones rodeado de la Corona de espinas. Desde él partían nueve haces de luz, formado cada uno por tres rayos luminosos. Debajo de los Sagrados Corazones aparecía un escudo de Chile. El extremo superior del haz de luces vertical alcanzaba una altura de 9 metros.

Las ampolletas eléctricas de colores le daban al conjunto el aspecto de una fantasía. Las luces



Nevazón en el Colegio.



Alumnos de la época.

de color rojo que formaban los Sagrados Corazones estaban dotadas de una leve vibración que producía la impresión de que estaban realmente palpitando.

Entre los numerosos edificios cuyas fachadas fueron adornadas en esa ocasión, el jurado adjudicó el 2º Premio al adorno del frontis del Colegio de los Padres Franceses.

El autor de esta obra de arte y de técnica eléctrica fue el hermano Isidro Sádaba.

PERIODISMO CLANDESTINO

El curso inexorable de la Historia nos ha arrastrado hasta los últimos meses del año 1910, y algunos aspectos muy íntimos y amenos, específicamente propios de la vida escolar, corren el peligro de quedar olvidados.

El jueves 26 de abril del año 1906 —¡día memorable!— apareció un periódico que despertó entre los alumnos un interés desproporcionado, porque tenía el sabor mágico de *lo prohibido*.

Se llamó *Revista Colegial*. Sus atrevidos y heroicos redactores fueron Rodolfo Jaramillo, Gonzalo Santa Cruz, Hernán Larraín, Carlos Varas y Jenaro Prieto. Pedro Ovalle Díaz tomó a su cargo las caricaturas.

“La revista —como cuenta el mismo Jenaro Prieto— se editaba en “polígrafo”, fabricado con una receta casera en cuya composición entraba colapiz, engrudo y azúcar candia. Una masa repugnante como una sopa espesa, en la cual naufragaban nuestros editoriales llenos de idealismo y espíritu republicano.”

La publicación costaba 40 centavos el número y era arrebatada por los alumnos. Pero las finanzas del periódico andaban mal, y el segundo número salió gracias a un empréstito de \$ 30 que, so pretexto de útiles de escritorio, pagaron las mamás de los redactores.

En el tercer número apareció una caricatura del P. Esteban Labrove, la que fue causa de la clausura de la publicación.

El cuarto número de la *Revista Colegial* traía en la carátula el nombre de un ex alumno

como editor responsable, y fue vendido profusamente en zona neutral, esto es, a 20 pasos de la puerta del Colegio.

Ante la pertinacia de los opositores, la Dirección del Colegio buscó y encontró una solución absolutamente original e inédita. Fundó ella misma un periódico para uso de los alumnos la que se llamó *La Revista Escolar*.

LA ERA DE LAS SOPAIPILLAS

Escribir del Colegio de los Padres Franceses, de Santiago, y no decir nada de las “sopaipillas” es omitir lo principal, lo característico y lo mejor de su vida en la Era histórica que abarca los primeros 50 años del presente siglo, a los cuales ellas... ¡las sopaipillas!... dieron su delicioso y glorioso nombre.

Ellas formaban parte indispensable, eran el postre sin repuesto del almuerzo, en esa época en que todos los alumnos del Colegio almorzaban en él.

Las sopaipillas alcanzaron la peligrosa importancia de una obsesión, de un vicio no pecaminoso, como el tabaco (pero al fin y al cabo vi-

cio), de una pasión dominante, de algo sin lo cual no se podía vivir.

Las sopaipillas se transformaron en medio de pago, en moneda, en dólares; las apuestas se pagaban en sopaipillas. Eran lo único que los alumnos podían ganar o perder; con ellas se podía conseguir cualquier cosa, sin ellas no había esperanza de nada.

Ellas, y sólo ellas, merecieron el honor de ser cantadas por los “poetas”, como se puede comprobar por los siguientes versos aparecidos en las páginas de la *Revista Colegial* de 1906:

“*Canten algunos en menguada hora
A la rosada aurora
O a las glorias de todo el universo
Que yo canto un asunto más notable
Pues canto al admirable
Apetitoso y delicado almuerzo*”.

“*Honor a ti cazuela;
En ti nadan las papas y cebollas
Como las negras boyas
Que sujetan los barcos en el puerto.
Sin ti, nadie en el mundo existiría;*



La cocina.



Comida de ex alumnos en el "Arca".

Si faltases un día
El orbe entero caería muerto".

"Y después... ¡oh delicia nunca hallada!
¡Ilusión no soñada!
Por filósofo, sabio ni poeta,
Vienen esas sublimes sopaipillas
Tan nobles, tan sencillas,
Que pasan desde el plato hasta la boca".

"La chancaca las cubre con cariño
Como la madre al niño
Que alegre duerme en su tranquilo seno".

ULTIMO ADIOS

A las 6.45 de la tarde del miércoles 17 de enero de 1912, falleció en el convento de Los Perales, de Marga-Marga, el tan apreciado y amado padre Augusto Jamet. Le faltaban sólo 15 días para cumplir 79 años, de los cuales 45 los entregó por entero a su tan querido Chile.

Todos cuantos tuvieron el privilegio de conocer a ese hombre excepcional, sintieron muy hondamente su desaparición; pero quienes sintieron lo que se siente a la muerte del mejor y más amado de los padres, fueron sus antiguos alumnos de Santiago, junto a los cuales vivió durante 15 años.

Sus restos mortales fueron trasladados al día siguiente a Valparaíso, adonde llegaron a las 8.30 de la tarde, y quedaron depositados en la iglesia de los SS.CC., a cuya construcción él tanto contribuyó entre los años 1868 y 1874.

El viernes 11 se celebraron las solemnes honras fúnebres, en las cuales estuvieron presentes 40 padres de la Congregación y un elevado número de miembros del clero secular y regular, como también de las comunidades de religiosas.

Celebró la solemne misa de funerales el Superior de Santiago, padre Cipriano Deltor. Terminada la misa, se procedió a la sepultura de los restos en la cripta que existe bajo el presbiterio, al pie del altar mayor.

El día 17 de agosto de ese mismo año 1912, a los siete meses exactos del fallecimiento del P. Augusto, se reunieron en el teatro del colegio de Santiago los que habían sido sus alumnos, entre los que había numerosos y destacados representantes de todas las profesiones y actividades de la nación. A todos los había impulsado un único e idéntico sentimiento: el deseo de tributar una vez más el homenaje de su gratitud a la memoria del P. Augusto.

Pero lo desconcertante en tan memorable ocasión era que ninguno de los organizadores de este homenaje estaba presente en el teatro. El enigma se aclaró cuando se alzó el telón. Todos ellos estaban en el proscenio, agrupados junto a la imagen de su inolvidable padre y maestro.

La aparición del busto del P. Augusto en medio de sus alumnos causó profunda impresión en los espectadores, quienes expresaron su emoción y su simpatía en un prolongado y entusiasta aplauso. Inmediatamente comenzó a desarrollarse el programa en el que hubo discursos, cantos, poesías y trozos de música.

Entre ellos hay que mencionar la entrega de la imagen del P. Augusto, que estuvo a cargo de don Enrique Dercasseau; la poesía de don Francisco Concha C., "Duerme en Paz", cuya primera estrofa dice así:

"¡Uno a uno se van!... cual las aves
que cruzando la gris soledad

de la tarde, a lo lejos se pierden,
del ocaso en el linde brumal;
como van en su ruta los astros
derivando uno a uno hacia el mar;
como ramas que el viento desgaja
y se lleva el turbión invernal:
¡Vivieron su día!
¡Los vimos pasar!"

También hay que mencionar los elocuentes discursos de don José Ramón Gutiérrez y de don Antonio Huneeus, y el discurso final del padre Vicente Monge, provincial interino.

Entre los cantos hubo uno que emocionó profundamente a todos los presentes; fue esa vieja canción "Ma Normandie", cantada por la voz cristalina de un niño, y que tantas veces cantó con su voz no igualada el padre Augusto.

Finalmente se cantó el Himno de los Sagrados Corazones, el mismo que se había cantado por primera vez en 1899, en la velada memorable en que se celebraron las Bodas de Oro del Colegio.

Los discursos pronunciados en la velada de 1912 fueron publicados en un folleto, en el cual aparecen también dos discursos del P. Augusto: el que pronunció en 1871, con ocasión de la muerte de los cuatro religiosos de la Congregación, mártires de la Comuna de París, y otro muy notable que dijo en una Distribución de Premios en el colegio de Santiago.



La iglesia antigua.



El Altar Mayor de la iglesia.

EL PATRONATO DE LOS SAGRADOS CORAZONES

Nació el año 1907. El 1° de abril de ese año los padres de los SS.CC. invitaron a un grupo de ex alumnos del Colegio para pedirles su colaboración y fundar una obra en beneficio de los pobres. El llamado de sus antiguos maestros encontró favorable acogida en el alma de los jóvenes, quienes aceptaron con entusiasmo y decisión emplear parte de su tiempo para dedicarlo a servir a los pobres.

Los religiosos de los SS.CC. les cedieron un local que quedaba en el extremo sur de su propiedad y que daba a la calle Campo de Marte. Allí se levantaba una muy modesta construcción de un piso con techo de tejas, en la cual había unas pocas piezas. En ellas se acomodaron lo mejor que pudieron los fundadores del Patronato, y eso fue lo único que pudieron ofrecer, por el momento, a las personas que necesitaran algún servicio.

Los primeros favorecidos por esta obra fueron los mismos que trabajaron en ella, pues allí descubrieron su vocación sacerdotal varios apóstoles seculares, como los hermanos Merino Benítez y don Jorge Larraín Cotapos.

Secundaron a estos jóvenes generosos y abnegados varios hombres ilustres en los anales del apostolado secolar, entre los cuales hay que nombrar a don Manuel Salustio Fernández y a don Luis Bascuñán Valdés, quien durante muchos años fue el alma y el motor incansable de la institución.

La obra, como todas las obras de porvenir, comenzó modestamente con *La Escuela Nocturna Pío X*, la que en el primer mes de vida pasó de la cifra de 11 a la de 80 alumnos.

Todos, sin excepción, tanto el asesor religioso —que era el padre José Merme— como los profesores y los alumnos tuvieron que soportar durante el invierno el aire frío y el agua de la lluvia, que disponían de muchos y amplios resquicios para entrar en las improvisadas salas de clase de la ruinoso construcción; pero fueron más poderosos el espíritu de sacrificio y el entusiasmo de profesores y alumnos que los elementos de la naturaleza.

Pocos meses después de iniciado el año escolar se creó un Círculo Dominical para Obreros, de tal manera que los que formaban el

Patronato no sólo convivían en los momentos de clase, sino también los domingos, lo que tuvo la ventaja de unirlos a todos en medida más amplia y más profunda.

Este ejercicio de auténtico cristianismo no pudo dejar de impresionar a otros cristianos generosos, quienes acudieron en ayuda del abnegado grupo empeñado en esta obra de bien.

Esta oportuna ayuda permitió la ampliación del Patronato que, a comienzos de 1908, creó una nueva sección: la Escuela Diurna Ignacio Domeyko, destinada a impartir instrucción primaria a los niños pobres.

Esta escuela fue atendida por cuatro profesores pagados por el Patronato y era visitada diariamente por sus directores don Ramón Merino Benítez y don Vicente Monge Mira.

En 1909 esta escuela diurna contó con una asistencia media de 152 alumnos. La alta dirección de ella quedó a cargo del padre Aloisio Lütge, sucesor del padre José Merme.

La Escuela Nocturna Pío X mantuvo una asistencia media de 102 alumnos.

El día 5 de diciembre de ese año 1909 —que era un día domingo—, el presidente de la República, don Pedro Montt, practicó una detenida visita al Patronato, en la cual manifestó su agrado y benevolencia para con una institución tan idealista y benéfica.

El alto número de personas que recibían los beneficios que ofrecía el Patronato y aprovechaban los servicios que la institución prestaba, hizo pensar a los directores en la conveniencia de ampliar el local con que hasta el momento se contaba.

Esto fue posible realizarlo el año 1910 gracias a las facilidades que dio don Gregorio Donoso, quien vendió al Patronato, por un precio muy bajo, la propiedad contigua al Patronato por el costado sur, la que tenía frente por la calle Sazié.

Se pudo, pues, contar desde esa fecha con un nuevo y espacioso patio y con un edificio apropiado para instalar algo que hacía mucha falta: un Centro de Obreros, el que fue fundado el 8 de diciembre de 1910.

Este contó con Biblioteca, Caja de Ahorros, Sociedad de Socorros Mutuos, Servicio Médico —atendido por los doctores Mönckeberg, Vivanco y Cortés—, Servicio de Farmacia y Almacén Permanente.

El Círculo de Obreros contó al cabo de poco tiempo, con 500 socios.



Curso de la época.

EDIFICIO DEL PATRONATO

El grano de mostaza había crecido con admirable rapidez y, por lo mismo, no podía continuar viviendo en el antiguo y ruinoso local donde había nacido; necesitaba, imperiosamente, más aire y más luz.

Así lo veían claramente los directores de la obra, pero faltaba el dinero, por lo cual su deseo permanecía en la región etérea de los proyectos.

Dios mismo los impulsó a dar el paso decisivo, enviándoles una donación no cuantiosa, pero de incalculable valor por la calidad de la persona de la cual venía.

En la acera opuesta a la del Patronato —que quedaba entre el teatro y la calle Sazié— vivía en su modesta propiedad una mujer de humilde condición, Trinidad Rodríguez, quien se ganaba el sustento vendiendo refrescos, golosinas y mote con huesillos.

Los clientes más asiduos del pequeño negocio eran los alumnos del Patronato, quienes no tenían más que atravesar la calle para comprar lo que necesitaban.

La admirable labor que se desarrollaba en el Patronato hizo nacer en su espíritu un sentimiento muy vivo de admiración y aprecio por el bien inmenso que se realizaba en esa institución, del cual ella era permanente testigo.

En los últimos meses del año 1911 se presentó en el Patronato el funcionario de una notaría, el cual pidió hablar con el director del establecimiento, que era don Manuel Salustio Fernández.

Este quedó muy sorprendido cuando el visitante le comunicó que el establecimiento que dirigía había recibido en herencia la pequeña propiedad de Trinidad Rodríguez, quien había fallecido algunos meses atrás. Esta donación tan inesperada, tan noble, tan valiosa fue

—según la expresión del presidente del Patronato— como la palabra de Jesús a su amigo Lázaro: “¡Levántate!”.

Fue la expresión clarísima de la voluntad de Dios, la orden de marcha que todos obedecieron. Se vendió, pues, la propiedad de la bienhechora por la suma de \$ 20.000, y con este dinero se dio comienzo a la construcción que tanta falta hacía.

La bendición de la primera piedra del Patronato de los Sagrados Corazones, se llevó a efecto con gran solemnidad el domingo 10 de diciembre de 1911 y estuvo a cargo de monseñor Argemol Valenzuela, de la Orden de la Merced, obispo de Ancud.

Dos discursos se pronunciaron en esa ocasión: uno por el presidente del Patronato, don Alejandro Valdés Riesco, y el otro por el padre Cipriano Deltor, Superior del Colegio de los SS.CC. de Santiago.

Los planos del edificio fueron obra del arquitecto don Carlos Reyes Prieto, y se fueron ejecutando lentamente debido a la escasez de recursos, en el curso de los años 1912 y siguientes.

Las dimensiones de esta construcción son: 37 metros de frente, 16 mts. de fondo y 14 mts. de altura. El plano de la fachada de este edificio se puede ver en el folleto de la “Distribución de Premios” del Colegio de los SS.CC., de Santiago, que lleva como fecha: 25 de noviembre de 1911.

1916. EL KINDERGARTEN

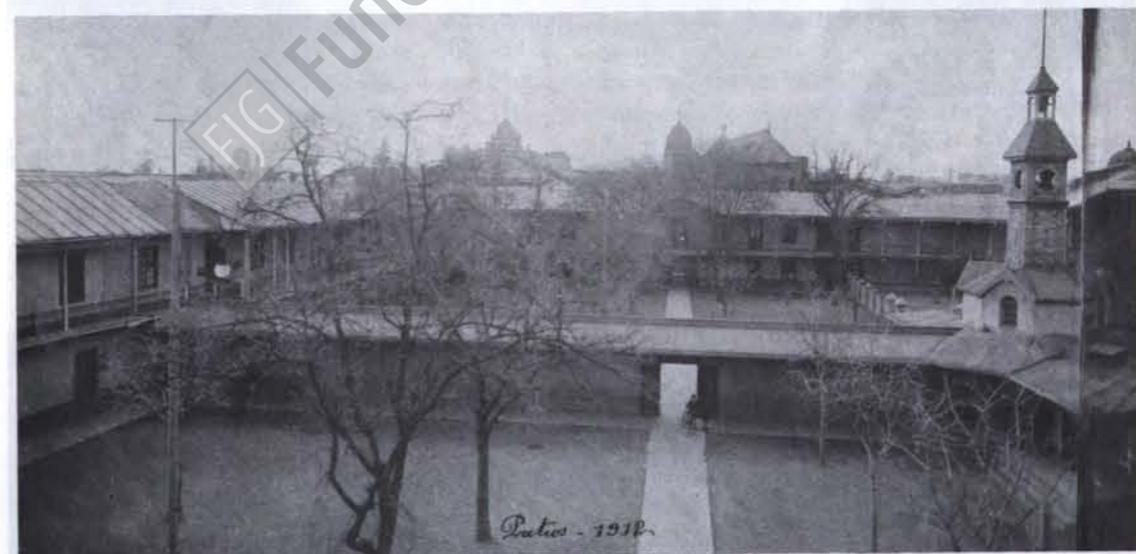
Se dijo más arriba que en el presente siglo el terreno del Colegio se amplió con dos adquisiciones. La primera fue la compra del edificio contiguo a la capilla por el costado oriente, que pertenecía a la sucesión de don Ramón A. Vergara R.

Esta casa y su jardín, que ocupaban todo el espacio que va desde la portería actual del Colegio hasta el patio de tierra, no se empleó como local escolar, sino que continuó como casa-habitación de las familias que las arrendaban. Esta sección del Colegio actual se adquirió el 19 de mayo de 1911, por la suma de 230.500 pesos.

La segunda adquisición se efectuó el 20 de octubre de 1915, y fue la compra de la propiedad del Dr. Medina, que quedaba en la esquina de la Alameda con Carrera. Se pagó por ella la cantidad de 191.000 pesos.

Había ahí una construcción de un piso con techo de tejas y con dos patios interiores. En este local se creó, el año 1916, el Kindergarten, el que al cabo de poco tiempo contó con 100 alumnos, a los que, según la nomenclatura de aquellos años, habría que designar hoy con el malsonante vocablo de: *los de la “pre peneca”*.

La labor formativa y docente de esta nueva sección del Colegio se entregó a las religiosas de los SS.CC., las Monjas Francesas, quienes desde 1841 —año de su llegada a Santiago— te-



Un patio de tierra por el norte, desde la calle Latorre, y el patio de tierra, y posteriormente en la Alameda con Carrera, quedaban, en el 1º mes de mayo, cuando se bendijo la piedra del edificio.

nian su Colegio en la esquina suroriente de las calles Santa Rosa y Diez de Julio.

Muy bien lo pasaban los pre penecas, pues las excelentes monjas les daban chancaca con nuez y de cuando en cuando los llevaban de paseo hasta el remotísimo colegio de la calle Santa Rosa, del cual no se podía afirmar categóricamente que estaba donde terminaba la ciudad o donde comenzaba el campo.

También las buenas religiosas estimulaban a los tiernos párvulos premiando a los más aprovechados y formales con recompensas fascinantes, como figuritas de pasta de almendras y otras por el estilo.

Los sobrevivientes de aquella que se podría llamar "la belle époque", todavía recuerdan con nostálgico cariño a las madres María, Hugolina y Tarsicia.

1916-1920

Se puede afirmar que, en 1916, el Colegio alcanzó su máxima expansión territorial y que disponía de todas las salas, servicios y elementos

necesarios o útiles, en esa época, para un establecimiento educacional de primera categoría.

En el correr de los años se habían ido efectuando en el edificio todas las modificaciones convenientes para el mejor funcionamiento de ese complejo mundo que es un colegio con muchos alumnos, repartidos en preparatorias y Humanidades, como en esa época se llamaban.

Conviene, pues, decir, en este punto, algo acerca de la distribución del inmenso local que se extendía desde la calle Campo de Marte (Latorre) hasta la de Carrera, y desde la Alameda hasta unos 34 metros de la calle Sazié.

El rectángulo edificado que rodeaba los patios estaba distribuido como sigue:

En el edificio atravesado al sur del patio embaldosado, comenzando por el costado de la calle Carrera, quedaban en el 1º piso: la capilla de los alumnos internos, los comedores de las divisiones 3ª, 4ª y 5ª, que se unían, para formar el comedor inmenso del desayuno el día de la Primera Comunión, la despensa y el frutero. En el 2º piso (siempre comenzando por la calle Carrera), quedaban: el 3º



Uno de los dormitorios de la época.



Altares menores de la iglesia.

dormitorio, un dormitorio desocupado, en el cual había por lo menos 20 celdas con "sendos pianos" —(paraíso secreto de unos pocos "iniciados", pertenecientes a una secta originalísima, cuyo nombre se ignora, que en ese local se reunían para la predicación y el culto)—, la sastrería y algunas piezas.

En el edificio viejo de adobe y de poca altura de la calle Campo de Marte (Latorre), desde el sur hacia la Alameda, quedaban en el 1º piso: los comedores de la 1ª y la 2ª Preparatoria y el Laboratorio de Química. En el 2º piso del mismo edificio y siempre comenzando por el sur, quedaban: la amplia sala de dibujo, varias piezas para los religiosos, el salón de la Academia y el vasto y valioso gabinete de Historia Natural, en el cual, durante más de 60 años se había ido coleccionando un conjunto notable de muestras.

En el edificio atravesado que cerraba el patio de tierra por el norte, desde la calle Latorre hacia Carrera, quedaban, en el 1º piso: la sala

de estudio de la 2ª y 3ª Preparatoria. En el 2º piso estaban parte del gabinete de Historia Natural y el gabinete de Física.

Los 30 metros que faltaban a este cuerpo de edificio para llegar hasta la calle Carrera, consistían sólo en un muro que separaba el patio de la propiedad comprada en 1911 a la familia Vergara.

Respecto al edificio nuevo de la calle Carrera, ya se indicó su distribución cuando se habló de su construcción e inauguración.

Sólo queda por describir la distribución de las edificaciones que existían en la superficie que se extendía entre el costado poniente de la capilla y la calle Latorre.

Medía este sector 30 metros de frente por el costado de la Alameda y 45 metros de fondo por el lado de la calle Latorre. Había en él dos patios.

En el costado norte del primero se levantaba la fachada del Colegio, la que, desde los primeros meses del año 1912, constaba de dos pisos.

En el primero de ellos, y precisamente en la esquina con la calle Latorre, estaba la pieza del

padre rector; a continuación de la cual y hacia la capilla, venían los salones de recibo y la portería, que estaba unida a la capilla por una galería que hacia el interior tenía amplios ventanales en arco con vidrios.

Sobre este 1^{er} piso, que existía desde muchos años, se colocó, a comienzos de 1912, otro piso más, en el cual había 10 piezas para los padres. El arquitecto que diseñó y dirigió esta transformación de la fachada fue don Eugenio Joannon.

En el costado de la calle Latorre de este primer patio, y alejándose hacia el sur, quedaban contiguas a la ya nombrada pieza del padre rector, dos piezas más y el oratorio particular de los padres.

En el 2^o piso, y siempre en dirección al sur, había ocho piezas para los religiosos y la gran Biblioteca con 12.000 volúmenes.

En este primer patio, junto a la capilla y dando la espalda a ella, había una hermosa estatua de la Virgen María, entre dos grandes palmeras. A sus pies se extendía la recta y larguísima calzada que llevaba hasta el último confín de "la Quinta". Por ella transitaban todos los días alumnos y profesores para llegar hasta los patios del Colegio.

Dividía, a los dos patios de entrada, un edifi-

cio interior de dos pisos, paralelo al edificio de la fachada.

En el 1^{er} piso, comenzando por el costado de la calle Latorre, estaban: la sala de lectura de los padres, el depósito de los libros de texto editados por el Colegio, la librería del padre Timoteo y, finalmente, junto a la capilla, el muy reducido pero muy histórico escritorio del padre Eusebio, con todos sus armarios llenos de los archivos del Colegio desde su fundación.

En este edificio se abría un amplio y corto pasadizo por el cual se llegaba al segundo patio de entrada, que se extendía, al poniente de la capilla, hasta el cuerpo de edificio ya descrito del Colegio, en el cual estaba la entrada al actual patio de tierra.

Precisamente, en el techo del 2^o piso de esta entrada al patio se alzaba una torre circular de cúpula bulbosa, bajo la cual se veían la esfera y las manecillas de un reloj encargado de indicar la distribución del tiempo a todos los que trabajaban en el Colegio.

Contaba el establecimiento, en esa época, con 500 alumnos, a los cuales había que añadir los 100 niños del Kindergarten. Sumando a éstos los 350 del Patronato, se alcanzaba un total de 950 alumnos.

Los religiosos residentes en el Colegio eran 24: 21 sacerdotes y 3 hermanos.

A NUESTROS LECTORES:

La falta de nitidez de algunas fotos es debido a la antigüedad de éstas, dado que fueron sacadas de archivos históricos del Colegio.

71 AÑOS EN DOS HORAS

Era el mes de enero de 1920. En el Colegio no había ningún alumno, y la mayor parte de los religiosos descansaba de las labores del año escolar en el fundo Los Perales, de Marga-Marga.

El superior de la comunidad y rector del Colegio, padre Félix Jaffuel, recorría en esos días el valle de Marga-Marga buscando y clasificando, con la paciencia del investigador, las plantas y los insectos de Chile, que tanto le apasionaban.

Amaneció el día miércoles 7 de enero de ese año 1920. En el Colegio no había más que 9 religiosos, que eran los padres Amfrido Vincent, ministro del Colegio; Eusebio Connes, Bernardo Talédec y Adalberto Maury, y los hermanos Patricio Pejenuate, Eulogio Zabala e Isidro Sádaba. Los otros dos eran padres del colegio de Concepción que habían llegado el día anterior, con el propósito de seguir viaje a Los Perales al día siguiente.

Al mediodía sonó la campana y todos se dirigieron al comedor que quedaba en "la Quinta", contiguo al edificio del teatro.

A las 12.10, un empleado del Colegio dio la voz de alarma, y todos acudieron presurosos a conjurar el peligro.

Efectivamente, del techo de la parte vieja del edificio que se extendía entre las calles Latorre y Carrera, en el costado sur del patio embaldosado, salía una espesa columna de humo que iba engrosando por segundos.

Los religiosos se dieron cuenta inmediatamente de que no contaban con los medios para conjurar el peligro, por lo cual algunos se dirigieron a llamar al Cuerpo de Bomberos y otros trataron de sacar lo más valioso e importante que se podía salvar.

El fuego avanzó con rapidez vertiginosa, favorecido por la alta temperatura reinante y por la intensidad con que soplaban ese día el viento sur.

Los entretechos caldeados y resacos se transformaron en gigantescas chimeneas horizontales, por las cuales avanzó el voraz elemento hacia las calles Carrera y Latorre, y una vez que llegó hasta éstas se engolfó por el entretecho de los edificios que daban a ambas calles y cobró dentro de ellos un tiraje inimaginable, que en muy pocos minutos lo hizo llegar a la Alameda.

Entretanto se dejaba oír insistente el lúgubre tañido de alarma de la campana del Cuerpo de Bomberos y se dio orden de que acudieran con todos sus elementos las 12, es decir, todas las compañías; pero a pesar de que los voluntarios derrocharon esfuerzo, arrojo y heroísmo, todo el poder humano, tanto los hombres como las máquinas, era una fuerza minúscula e insignificante frente a esa tromba de fuego arrasadora.

Era tal el calor en las calles adyacentes que los chorros de agua se evaporaban antes de alcanzar las murallas candentes del edificio. Más aún: las casas del costado norte de la Alameda empezaron a sufrir los efectos de la corriente de calor y de las chispas que el viento sur hacía llegar hasta ellas.

El fuego, con trágica facilidad, destruyó todos los obstáculos, y a las 2 de la tarde empezó a declinar, porque ya no quedaba nada que no estuviera consumido.

En dos horas había desaparecido el fruto de 70 años de intenso y agotador trabajo.

En los dormitorios y los comedores sólo quedaron algunos fierros retorcidos. El edificio viejo de la calle Latorre quedó reducido a algo semejante a un enorme terraplén de tierra. Con su destrucción se perdieron los elementos más valiosos del Colegio, como las colecciones guardadas en el Gabinete de Historia Natural, y los 12.000 volúmenes de la Biblioteca, sin contar

los miles de ejemplares de textos de estudio editados por la Congregación para los alumnos, los que se perdieron con la destrucción del edificio atravesado que se levantaba entre el 1º patio de entrada y el segundo.

En el "Colegio Nuevo" —el de la calle Carrera— sólo quedaron en pie e intactos los imponentes y sólidos muros, pero quedaron destruidos: el Observatorio Astronómico, el que el P. Sebastián Soléry no quería que sacaran de Los Perales; todo el techo, el suelo del 2º piso y el corredor con sus columnas de madera, y todos los numerosos muebles de los dos inmensos dormitorios del 2º piso, y todas las carpetas de los estudios y las salas de clase del 1º piso.

Pero más sensible que lo anterior fue, para todos, la pérdida de la capilla, acerca de la cual ese religioso eminente, ese hombre de tan clara y poderosa inteligencia, testigo de tan espantosa tragedia, el P. Adalberto Maury, escribió en esos días tan penosos, las siguientes líneas:

"Y finalmente de nuestra incomparable joya, de nuestro gran tesoro, la hermosísima Capilla, tan pura y armoniosa de líneas, en la nitidez de su estilo y en la misteriosa penumbra de su Santuario...; de ese maravilloso relicario, tal vez el más valioso de Santiago, donde quedan atesorados los más sagrados recuerdos, las más hondas e inolvidables impresiones, donde flotan las más puras e intensas felicidades de tantos sacerdotes, de tantos niños y de tantas madres en el día único de la Primera Comunión,

de tantos desposados que han cambiado al pie de su altar los más santos juramentos bajo la mirada de Dios, de ese centro vital, de ese verdadero corazón de la sociedad de Santiago, no quedan sino las esqueléticas murallas, conservando todavía en su desgarradora desolación, rasgos de su tronchada hermosura".

LO QUE SE SALVO

Se salvó intacto el edificio nuevo del Patronato, de la calle Latorre, donde recibían educación unos 230 niños en la escuela diurna y unos 120 aprendices y obreros en la escuela nocturna.

Se salvaron, también, el teatro y la cocina, y, con ciertos daños, el local del Kindergarten en la esquina de la Alameda con la calle Carrera.

De todo lo demás, lo único que se pudo salvar fueron unas pocas máquinas del gabinete de Física.

El P. Ansfrido sacó de la capilla el Santísimo Sacramento y lo llevó a la cercana iglesia de los padres Lazaristas.

Don Manuel Aspillaga, con sus hijos, lograron salvar lo más valioso de los cálices y ornamentos sagrados de la Sacristía, y los amigos que llegaron al comenzar el siniestro sacaron igualmente algunas estatuas de la capilla y los pocos muebles y cuadros de los salones de la portería.

DOS MARTIRES DEL CUERPO DE BOMBEROS

Muy sensible y trágico es todo lo que hasta aquí se ha referido, pero es muy poco al lado de lo irreparable, de la pérdida de dos vidas, las de dos jóvenes voluntarios del abnegado Cuerpo de Bomberos.

Ellos se lanzaron a combatir el fuego con todo arrojo y valentía, "a la chilena", sin tomar en cuenta la magnitud del peligro sino sólo el impulso generoso de su alma en el cumplimiento del deber, y fueron víctimas de su heroico y temerario coraje.

FLORENCIO BAHAMONDES ALVAREZ, voluntario de la 3ª Compañía, fue la primera víctima. Se encontraba en el 2º piso del edificio de la calle Latorre, tratando de salvar algo del Museo de Historia Natural. De repente se hundió el piso y cayó en una sala de los bajos invadida ya por las llamas y cerrada con barrotes de fierro en las ventanas.

En los pocos segundos que demoraron sus compañeros en romper los barrotes, el fuego lo devoró vivo, y cuando lo sacaron era una sola llaga viva de pies a cabeza.

Falleció a las 4 A.M. del día subsiguiente.

viernes 9 de enero, y sus funerales se efectuaron ese mismo día a las 5 de la tarde.

Varios oradores despidieron sus restos en el Cementerio General. A nombre de la Congregación de los SS.CC. habló el P. Adalberto Maury, quien en una improvisación sentidísima, conmovió hasta las lágrimas a todos los presentes.

Tenía el voluntario Bahamondes 28 años de edad y militaba en las filas de la 3ª Compañía de Bomberos.

Años más tarde, cuando se reedificó el Colegio, se colocó una placa recordatoria de su sacrificio en la muralla de la calle Latorre, que indica hasta el día de hoy el sitio exacto del heroico combate en el cual inmoló su noble y ejemplar existencia.

La segunda víctima fue el voluntario ALEJANDRO ACOSTA, quien sufrió gravísimas quemaduras mientras combatía contra el fuego en el mismo edificio de la calle Latorre.

Falleció ocho días después del siniestro, tras larga y penosa agonía. Había sido alumno del Patronato de los SS.CC. y militaba en las filas de la 7ª Compañía de Bomberos.

Fuera de estas dos víctimas fatales, otros doce voluntarios sufrieron lesiones de diversa gravedad.



Estado en que quedó el Colegio luego del incendio.



Parecía ser el fin...

Después del incendio

Recuerdo de nuestros amigos

Esta, es
parte de

Nuestra vida . . .
Nuestro tiempo . . .
Nuestra historia . . .

FG | Fundación Jaime Guzmán

FIG | Fundación Jaime Guzmán

FIG | Fundación Jaime Guzmán